1869
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

CASADOS POR LA MUERTE

DRAMA EN 3 ACTOS Y EN PROSA

POR

JUAN PERELLÓ Y ORTEGA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

Biblioteca del periódico Lo Teatro Catalá

CASADOS POR LA MUERTE

DRAMA EN 3 ACTOS Y EN PROSA

POR

JUAN PERELLÓ Y ORTEGA

Estrenado con excelente éxito
en el teatro de San Andrés, el día 31 de Enero
de 1892.



BARCELONA

IMPRENTA DE PUJOL Y C.ª
CALLE DE TALLERS, NÚM. 45
1897

Al inteligente Administrador

DE LA

EMPRESA DEL TEATRO ROMEA

SR. D. RAMÓN FRANQUEZA

DEDICA ESTE DRAMA

en prueba de consideración personal,

SU AFECTÍSIMO AMIGO

EL AUTOR.

Barcelona 8 Enero 1897.



REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
Luisa.	Srta. D.ª María Panadés.
María.	D.ª Elvira Boix.
Olimpia..	Srta. D.ª Adela Rodríguez.
Marta.	D.ª Rosa Calvet.
Gefferson	D. Manuel Panadès.
Marcial.	D. Miguel Rojas.
Sir Roberto.	D. Lorenzo Mercader.
Santiago.	D. Andrés Cazorla.
Gustavo.	D. Fernando Rodríguez.
Humbolt	D. Juan Perelló.
Sr. Dávidson.. . . .	D. Ildefonso Laporta.
Peel.	D. N. N.
Francisco.	D. Luis Brunet.

Trabajadores y marineros.

El primer acto en Charleston, en 1848; el segundo y el tercero en Cherburgo, en 1864.

NOTA. — Este drama se estrenó con el título de *La realidad de un sueño.*



Casados por la muerte

DRAMA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

Sala en una quinta del Sr. Harris.

—

ESCENA PRIMERA

MARÍA, MARTA

MARTA. No hay ya cuidado por la salud de vuestro padre, señorita.

MARÍA. Creo que, en efecto, podemos concebir esperanzas. Desde que ha recibido noticia de que regresa mi hermano, parece más animado. El médico, por su parte, ha vencido la gravedad del mal. No dudo, pues, que la aplicación de los preceptos facultativos y la presencia de Gefferson le devolverán la salud.

MARTA. Si; pronto se transformará en alegría la tristeza que por tanto tiempo nos ha afligido á todos; porque, señorita, no dudareis que también siento yo vuestras desgracias.

MARÍA. No en vano hace ya tiempo, buena Marta, que estás en nuestra casa, y he tenido mil ocasiones de conocer tu cariño, no solo para con mi padre y conmigo, sino también hacia Luisa.

MARTA. ¡Oh, si! El Sr. Harris con su carácter bondadoso, vos con un corazón noble y la señorita Luisa por ser huérfana que forma parte de

la familia, sereis siempre queridos y respetados por mí.—Pero me estoy aquí charla que te charla, sin acordarme que he de ir á tomar órdenes de vuestro padre. Perdonad, que allá voy. *(Vase.)*

ESCENA II

MARÍA, *luego* MARCIAL

MARÍA. ¡Pobre Marta! ¡cuánto me quiere! Y á pesar de esto, he tenido buen cuidado de ocultarle, como á todos, lo que hasta hoy no he querido revelar á nadie en el mundo. Dios quiera que llegue pronto mi buen Gefferson para que sea una realidad su enlace con Luisa y á la vez un hecho mi boda con el hombre que ha robado la paz á mi corazón.— Pero ya viene. *(Viendo á* MARCIAL.*)* Sin duda anhela saber...

MARC. ¡María!

MARÍA. ¡Oh, Marcial querido!...

MARC. ¿Sabe ya el Sr. Harris la llegada próxima de Gefferson?

MARIA. Si. Por fin después de un año de silencio, mi hermano escribe que regresará á esta aldea donde ignoraba que nos hubiésemos trasladado para que mi padre logre completa curación.

MARC. ¿Y tú estarás contenta?

MARÍA. ¿No he de estarlo si ese regreso adelantará la hora de mi dicha? ¿si veré restablecido al anciano á quien debo la vida, al tiempo mismo de abrazar á mi querido hermano y de que se una al tuyo mi destino? ¡Oh, si! dices bien, estoy contenta. Y tú también: ¿verdad que tal noticia siembra la alegría en tu corazón?

MARC. *(Con poco entusiasmo.)* ¿Puedes dudarlo? Voy á conocer pronto al intrépido navegante que lleva tu apellido; veo restablecido á sir Roberto á quien con solícito afán habeis cuidado tu y Luisa, nuestra simpática amiga, ¿y quieres que no sienta regocijo? Si, María, si; estoy satisfecho.

MARÍA. Pues ház que esa satisfacción se vea en tu semblante; deja ese carácter taciturno; sé es-

pansivo y abandona esa melancolía que te aqueja, según dices, por la enfermedad de mi padre.

MARC. (¡Pobre niña! ¡cuánta es su candidez!) *(Pequeña pausa.)*

MARÍA. ¿No contestas? ¿qué tienes, mi Marcial? ¿qué te pasa?

MARC. Nada. Miraba á sir Roberto que se acerca. *(Porque le ve salir.)* (Si, veré á Luisa y...)

MARÍA. *(A* SIR ROBERTO.) ¡Oh, padre mío! ¿os sentís mejor?

ESCENA III

Dichos, SIR ROBERTO *y* LUISA

SIR. R. Si, mi buena María. Salgo con Luisa para que nos acompañeis á la entrada de la aldea á esperar á Gefferson. ¡Cuán feliz me siento hoy! *(Viendo á* MARCIAL.) Querido Marcial, dispénsame; no me había fijado en tí.—Pero no perdamos ni un instante. Vamos: estoy ansioso; quiero ser el primero en ver al hijo de mi corazón. Pasa, María, y también tú, Luisa, que es natural sientas deseo de ver á tu futuro, quien ya ves por su carta que no olvida tu cariño.

MARC. (¡Oh, si! estoy resuelto.)

LUISA. Si; el tiempo y la distancia no han logrado entibiar su amor.

MARÍA. ¿Ves, Marcial, como se aman también y como esto es prueba de que vamos á ser todos felices? Pero marchemos, padre; ven, Luisa, y también Marcial puede acompañarnos.

MARC. Pasad entretanto: al momento os alcanzaré.

SIR. R. En tal caso que venga solo una de las dos conmigo y la otra podrá esperarte aquí, Marcial. Ya que ahora me ha acompañado Luisa, ven tú conmigo, Maria, y luego nos reuniremos todos en la entrada de la aldea.

LUISA. Pues bien; ya aguardo.

MARC. (¡Feliz casualidad!)

SIR. R. En marcha, pues, María.

MARÍA. *(Distraída, contemplando á* MARCIAL.) ¡Ah, si, si, vamos!—Marcial, Luisa... no tardeis.

LUISA. No hay cuidado.

ESCENA IV

LUISA *y* MARCIAL

MARC. ¡Luisa del alma! ha llegado un momento supremo para nuestro amor y hay que tomar una resolución.

LUISA. ¡Oh, si! es preciso.

MARC. Mientras nada sabíamos del hermano de María, mi corazón estaba tranquilo. Pero su carta ha hecho estallar un volcán de celos en mi alma, inspirándome odio hacia Gefferson á pesar de no conocerle... ¡Y le habré de simular cariño como estoy finjiendo á su hermana acendrado amor que yo no siento! ¡Oh, si, harto lo sabes! Desde que, ausente María por causa de enfermedad, te vi en Chárleston, mi amante corazón se rindió al tuyo. Pero tú vivías recojida en esta casa; á mí me convenía, para verte, entrar en ella; María regresó restablecida: contra mi creencia en vista de su obstinación de que no la visitase en su enfermedad, me amó como antes: su padre protejía estos amores, y yo finjiendo alentarlos, podía esperar que tu corazón me comprendiese. Simulé, pues, seguir amando á María; hizo presa en tí el fuego de los celos y... vencí al fin: tú ya me amaste.

LUISA. ¡Oh! si: sentí en mi sér algo extraordinario. Estaba, en efecto, celosa de María, y llegué hasta á odiarla al ver que tu la distinguías con amorosa pasión. Entonces comprendí que yo te amaba; que te había amado ya desde un principio aun ignorándolo yo misma. Sir Roberto empezó á creer en la muerte de su hijo: el largo silencio de éste afirmó el presentimiento; tal nueva enfrió mi espíritu, mientras por otra parte veía yo tus transportes amorosos... y ¡tuyo fué mi corazón!

MARC. Pero María era una contrariedad. Mis obsequios la hacían creer aun en un amor que había perdido su vehemencia. Y no podía quitar yo enteramente de su alma esa ilusión, porque no era prudente desengañar al padre

y á la hija para no labrar la desdicha de María y acaso la muerte de sir Roberto, enfermo de gravedad. Por esto, como sabes, no lo hice, prefiriendo sostener interna lucha. Me alentaba la esperanza de tu cariño y la creencia de que tal situación terminaría cuando, restablecido sir Roberto, hubiese ocasión favorable. Esta se presenta hoy, y es menester que te resuelvas á ser mía.

LUISA. ¡Si lo soy con alma y vida!

MARC. Es preciso, pues, que hoy huyamos de aquí sin falta.

LUISA. ¡Oh, no! ¿qué dices? ¿Huir de la casa donde me han amparado recogiéndome al quedar huérfana en mis primeros años? ¿Pagar con ingratitud semejante, la contínua serie de beneficios que he recibido? ¿Causar disgusto y sinsabor tan grandes á un anciano que me quiere como á hija? ¡No, no, no puede ser! Yo te amo, quiero ser tuya; pero hay que buscar otro recurso. Tú mismo no podrías consentir que yo pagase un favor con tal agravio.

MARC. Entonces...

LUISA. Reflexiona... Piensa que Gefferson ha estado ausente más de tres años; considera que su amor no será tan grande quizás como lo era al ausentarse... Esperemos, y el cielo nos mostrará la senda que hemos de seguir.

MARC. ¡Reflexionar, pensar, esperar! ¿Y tú me quieres? ¡Oh! no me tienes amor, y si lo tienes, no tan grande como el mío.

LUISA. Si, si, lo es también. No así el de Gefferson, que solo fué cual nube de verano, y el que yo siento por él es, más bien que amor del alma, cariñoso afecto fraternal.

MARC. ¿Y si no fuese así?

LUISA. No tengas duda.

MARC. ¿Y si él te quiere con amor vehemente?

LUISA. Sueñas.

MARC. ¡Oh, no sueño, no! ¡te adoro!—Créeme, no hay más medio que la fuga. Todo está ya prevenido. Tú no alcanzas á comprender cual es la fuerza de esta pasión que me devora.

LUISA. ¡Ah! no puedo resolverme á acceder á cuanto anhelas.

MARC. Pues bien, partiré solo, ingrata.—¿Qué amor es el tuyo, que ni siquiera te presta valor para tan pequeño sacrificio?

LUISA. Repito que te quiero con frenesí.

MARC. Pues si me amas y si juzgas que tu amor es como el mío, sígueme. Soy poseedor de cuantiosos bienes. Dentro de breve tiempo será inmensa mi fortuna. Marchemos. pues, á Francia. Mi anciana madre no es menos buena que tu protector y te recibirá como á una hija. No vaciles ya: esta noche se hará á la vela el bergantín «Veloz»: busca una excusa cualquiera para despedirte y... nada más.

LUISA. *(Suplicante.)* Marcial, no hagas que así desoiga la voz de la gratitud. La gratitud debe ser antes que el amor.

MARC. Sea así, convengo. Pero á mí, además de amor ¿no me tienes también agradecimiento? ¿O acaso no te acuerdas ya de la primeea vez que te ví, cuando aún permanecíais en Chárleston?

LUISA. ¡Oh, sí! es verdad. Nunca olvidaré que me salvaste allí de una desgracia, deteniendo los caballos desbocados del coche en que yo iba en compañía de María y sir Roberto.

MARC. Allí te admiré; allí te me presentaste hermosa; allí, adornada con preciosas joyas, estabas interesantísima al caer desvanecida en mis brazos; allí sir Roberto me ofreció su casa, y allí, por fin, tuvo principio mi ventura. Si abrigas gratitud por esta familia y si yo te inspiro amor que tiene precisamente por base tu gratitud, no has de vacilar; porque si no me sigues, vas, con tu escrupulosa lealtad, á sembrar, con la tuya, mi desdicha.

LUISA. ¿Cómo?

MARC. Sí, porque Gefferson será pronto esposo tuyo, y yo, para no mirarte en brazos de otro, huiré solo á lejanas tierras con mi desesperación y mi tristeza.

LUISA. *(Vacilante.)* ¡Marcial!

MARC. *(Insistiendo con calor.)* Decídete. Esta noche, al dar las ocho te esperaré en la puerta del jardín: desde allí marcharemos á la barca de Peel que me conducirá al «Veloz»: saldremos

para Francia, y una vez allá, nuestra unión será bendecida sin que debamos separarnos jamás.

LUISA. *(Con amor.)* ¡Marcial!

MARC. Seremos felices: tendrás criados, palacios, diamantes... esos diamantes que tanto te agradan y que ni aún siendo bellos pueden competir con tu hermosura, y podrás estar satisfecha, habiendo cumplido aquí con gratitud y correspondiendo con agradecimiento y con amor á la ardorosa llama que me abrasa el corazón.

LUISA. *(Dejando comprender una breve lucha interior.)* Pues bien, ¡sea!

MARC. ¡Luisa mía! ¡Con esa palabra derramas raudales de felicidad en mi alma!—Pero calla, alguien viene.

LUISA. Disimulemos.

MARC. Ve á disponerte y yo iré á escusarte con la familia de sir Roberto.

LUISA. Adiós. *(Yéndose por la izquierda.)*

MARC. *(Besándole la mano.)* ¡Adiós! *(Se va, foro derecha.)*

ESCENA V

MARTA, *á poco* HUMBOLT *y* TRABAJADORES

MARTA. *(Foro izquierda.)* Veo que el señorito Marcial se marcha. Sin duda irá á reunirse con el resto de la familia para volver pronto con... *(Se oyen murmullos.)* Pero ¡calle! Oigo la voz de Humbolt. ¡Y no viene solo! Parecen estar contentos. Vamos, hoy se entra la felicidad por las puertas de está casa. ¡Ya era hora! *(Salen* HUMBOLT *y comparsas.)* ¿A dónde vais tan aprisa?

HUM. ¿Os parece qué no hay motivo para tanto?

MARTA. Si no te explicas...

HUM. Pues á eso voy. Acaba de llegar el hijo de nuestro amo, y como primera disposición para que celebremos el acontecimiento, permite que los capataces empleados en los arrozales echen sin tardanza una cana al aire. ¿No es verdad, muchachos?

COMP. Sí, sí.

HUM. Se conoce que es buen hijo de Chárleston por lo cortés que se muestra con nosotros. ¡Viva el señor Gefferson Harris!

COMP. ¡¡Viva!!

MARTA. Siempre serás lo mismo, un holgazán.

HUM. ¡Cuidado, señora Marta, cuidado! Tengamos la fiesta en paz y no querais, insultándome, hacer que me enfurezca y que á mi vez haga yo que os enfurezcais. ¡Ea, ea, chicos! á la cocina, pues bien sabeis que allí sé cumplir mi obligación. *(Se dirijen á la izquierda.)*

MARTA. ¡Pero, hombre, antes explícame.

HUM. ¡Ah, curiosilla! Al fin mujer.

MARTA. Sí, más mujer como hay pocas.

HUM. Es verdad: yo no conozco ninguna que sepa dar como vos las bofetadas.

MARTA. *(Con rapidez y claridad.)* ¿Con qué, ya llegó? ¿Vuelve guapo? ¿viene solo? ¿ha envejecido? ¿salió de la Unión? ha hecho fortuna? ¡Habla, hombre, por Dios que estoy nerviosa!

HUM. *(Remedándola.)* Callad, no me atormenteis, sois muy pesada, dejad el paso libre, estoy ansioso... *(Haciendo señal de beber.)*

MARTA. *(Rápido y claro.)* ¿Fué á California, á Chile, á Fernambesco? ¿acaso á Patagonia?

HUM. ¡O al demonio! Si todo lo hablais vos ¿cómo quereis que diga yo ni una palabra?

MARTA. Ya sabes que soy mujer.

HUM. Sí; pero ahora pareceis un papagayo.

MARTA. Pues ya estoy muda.

HUM. Entonces os diré... *(Baja con ella al proscenio y con cierto énfasis dice:)* que... no estoy autorizado para contestaros y que... ¡Chicos, vámonos ya!

MARTA. ¡Desvergonzado! ¡toma! *(Le da un bofetón. Todos se rien.)*

HUM. (Ya me lo propinó. ¡Aay! *(Apretándose el carrillo.)* ¿De qué os reís, salvajes? *(A* MARTA.*)* ¡Ah, tunantuela! ya me la pagarás *(Se van.)*

MARTA. *(Con desprecio.)* Quedo enterada.—Corramos ahora hacia el portal, porque el corazón me dice que ya deben estar aquí.

SIR R. *(Dentro.)* ¡Luisa, Luisa!

MARTA. ¿No lo dije? Aquí están. ¡Ay! El corazón se me salta de alegría.

ESCENA VI

MARTA, MARIA, GEFFERSON, SIR ROBERTO, MARCIAL y SANTIAGO

GEFF. *(Como siguiendo una conversación.)* Pues sí, querido padre.

MARTA. ¡Ah! el señorito. Más guapo está que estaba. Señorito Gefferson, sed bien venido.

GEFF. ¡Oh, buena Marta! ¿Qué tal, qué tal? Pero ¿y mi Luisa?

MARTA. Voy á avisarla al punto. (De fijo que le gustará más que antes. Digo, á mí al menos...)

SIR R. ¿No vas, mujer?

MARTA. Voy, señor. (¿Quién será el otro?) *(Se va, puerta izquierda.)*

ESCENA VII

Los mismos, menos MARTA

SIR R. ¡Gefferson mío, deja que vuelva á abrazarte! Marcial, hé ahí al hijo por quien tanto tiempo he llorado, y tú *(A GEFFERSON.)* aquí tienes al joven Marcial Perrin que durante tu ausencia me ha consolado muchas veces y que, Dios mediante, no tardará en ser esposo de tu hermana.

GEFF. Lo que dice mi padre basta para que os considere ya como hermano mío. Con que, señor Perrín... *(Se dan las manos.)*

MARC. Querido Gefferson...

GEFF. Yo á mi vez tengo un orgullo en presentaros á Santiago Bertrán, con quien me encontré al principio de mi viaje, congeniando de tal modo, que durante el mismo ha sido mi constante amigo y compañero.

SANT. Nuestro destino nos unió desde que abandoné por América las montañas de Cataluña, y me considero feliz de haber encontrado en su corazón la más verdadera amistad que nos ha hecho hermanos. Juntos hemos cruzado tierras y mares, llorando desdichas y saboreando placeres.—Partamos de California, dijo un

día. Vamos á reunirnos con mi familia.—Le seguí al instante, porque su familia es ya la mía... y aquí me teneis.

SIR R. Excelente joven, esa mano, ¡y un abrazo, porque os considero también amigo mío!

SANT. Si para merecer semejante título hace falta un corazón franco; honrado y firme y una voluntad de hierro, aquí está mi mano. Puedo aspirar á tanto honor.

SIR R. ¡Oh! gracias, gracias.

MARIA. (*Viendo á* LUISA.) Ya viene Luisa.

ESCENA VIII

Los mismos, LUISA

LUISA. Señor Harris, María... Dice Marta...

SIR R. Que Gefferson se halla ya entre nosotros. Ahí le tienes.

GEFF. (*Adelantándose hacia ella, con alegría.*) ¡Oh, Luisa mía!

LUISA. (*Con alegría aparente.*) Gefferson, ¿cómo estás?

MARC. (¡Estoy nervioso!)

GEFF. Satisfecho de encontrarte más hermosa que nunca al regresar á mi querida patria.

SIR R. Cuéntanos ya las aventuras que han sido causa de que tu ausencia haya durado tanto tiempo.

GEFF. Sabeis, padre mío, que emprendí mi viaje con la esperanza de hacer fortuna. Viajaba en alas del amor. Corrí, pues, muchos países en busca de esa fortuna que parecía querer jugar conmigo, porque siempre me brindaba con sus beneficios sin poderlos yo alcanzar. Y así la perseguía en los grandes bosques del Brasil y del Perú, como en el centro de California donde me ofrecía sus tesoros. Por fin la hallé, y volvemos ansiando gozar la tranquilidad y la paz en el hogar doméstico donde me prometo futura felicidad.

SIR R. ¡Hijo de mi alma!

SANT. Tiene un corazón de oro.

MARC. (¡Qué suplicio!)

GEFF. (*A* LUISA.) (Quiero hablarte.

LUISA. ¡Ah!)

SIR. R. *(Que ha observado estos apartes.)* ¿Ya estamos de secretos? No seamos, pues, imprudentes. Ven, querida hija; vamos, Marcial, y vos sobre todo, Santiago, entrad, que empezaremos á obsequiaros y, en cambio, nos contareis detalladamente la historia de vuestro viaje.

SANT. Comprendo. Como querais.

SIR. R. *(Con intención y alegría.)* Vamos, pues, que tendrán aquí mucho que decirse.

MARC. *(Al pasar, á* LUISA.) (Ya lo ves.

LUISA. ¿A las ocho, dices?

MARC. Si.) *(Y ahora dando el brazo á* MARÍA, *añade:)* Apóyate, María.

MARÍA. ¡Cuán feliz soy, Marcial!

MARC. *(Al irse.)* (¡Cuán desgraciada!)

ESCENA IX

LUISA *y* GEFFERSON

GEFF. ¡Ah! ¡ya estamos solos, vida de mi alma! ¡Cuanto he anhelado este feliz momento! ¡Oh, sí! Ansiaba contemplar ese divino rostro que, fijo siempre en mi imaginación, se me aparecía cual faro que me iluminaba en los temporales del Pacífico. Allí, en su inmensidad, cuando la tempestad rugía y cuando parecía que las olas querían envolvernos en sus espumas, tu argentina voz vibraba en mi oído y al fin de la tormenta surgía siempre tu imagen del fondo de las aguas, como para significarme que tu amor no me faltaba Tampoco te faltaba el mío, y me daba fuerzas para despreciar los peligros que por fin vencía, ávido de alcanzar la fortuna que he encontrado. Con ella me presento y te la ofrezco en prueba de mi amor, esperando que nos permitirá vivir tranquilos sin que la mas pequeña nube empeñe el sol de nuestra dicha. ¿No es verdad, Luisa?—Pero te hallo distraída: estás temblando, *(Cojiéndole la mano.)* estás fría. ¿No sientes, tal vez, como yo alegría inmensa?

LUISA. Si, estoy alegre. Pero, Gefferson, las lágri-

mas que hemos derramado durante tu ausencia, sobre todo cuando nada sabíamos de tí y cuando tu padre llegó á pensar si habías muerto, han ofuscado mi razón. Quizá en tus viajes... habrás visto otras mujeres más hermosas que yo .. que te quiero tanto... como pueda quererte tu hermana María.

GEFF. Me estraña ese lenguaje que no podía esperar. Me hablas de mi hermana para comparar el amor que sientes por mí; me hablas de mujeres hermosas...—¡Ah! ¿tienes celos?

LUISA. ¿Celos yo?

GEFF. Rompe de una vez el misterio que vislumbro. P ensa, Luisa, que con esas palabras empiezas á atormentar mi corazón.

LUISA. ¡Hermano mío!

GEFF. ¿Tu hermano? Otro nombre es el que yo esperaba; otro recibimiento el que de tí quería: ¡Terrible desengaño! Pero ¿es que piensas que puedo renunciar á poseerte?

LUISA. Renunciar, no. ¡Quien sabe! Pero no creo que sea ahora la mejor ocasión para hablar de nuestro amor. Tu padre no se halla aún del todo restablecido. Una vez él bueno... ya... entonces...

GEFF. ¿Es éste, Dios mío, el pago de tantos y tantos sacrificios?

LUISA. Estás conmovido. Oigo que alguien se acerca. Procura disimular; ya nos veremos. (Buscaré á mi Marcial, y con la carta... *(Vase rápidamente por la izquierda.)*

GEFF. ¿Qué ha pasado aquí? Yo he de saberlo. *(Se va, foro izquierda.)*

ESCENA X

HUMBOLT *y* COMPARSAS *puerta izquierda*

HUMB. ¡Vaya, id con Dios, que me parece no podeis tener queja de mí! ¡Viva el señor Gefferson!

COMP. ¡Viva! *(Vanse foro derecha.)*

HUMB Son muy bnenos muchachos. A pesar de que son más hombrones que yo, parecen chiquillos guiados por un maestro de escuela, aunque es mala comparación, porque yo apenas

sé el A B C ¡Oh! y sobre todo, son agradecidos hasta la pared de enfrente. Me marcho otra vez á la cocina: allí sí que soy maestro, allí está mi jurisdicción. Yo soy glotón, no hay duda; pero tengo la ventaja de saber condimentarme cuanto cómo. Allí, en medio de mi batería... me paseo orgulloso como un pavo real, ó mejor dicho, como un artillero. Allí estoy en mi elemento. Y es natural, estoy en el reino de la manducatoria. Yo soy el jefe allí; soy como un rey entre sus vasallos.

ESCENA XI

HUMBOLT, PEEL, *luego* MARCIAL

PEEL. *(Muy adusto.)* ¡Hola, Humbolt!

HUMB. (¿Qué vendrá buscando este pícaro?) Adiós, perro de presa.

PEEL. No seas majadero. No estoy de broma.

HUMB. Pues yo, al contrario: me encuentro muy alegre y no me asustan bravatas. A mí únicamente me asusta la Sra. Marta. Con que... vos no lo sois, y por consiguiente...

PEEL. Ya sabes que te tengo jurado...

HUMB. Sí, arrancarme las orejas. Pero yo también he jurado que si lo probais... os arrancaré otra cosa.

PEEL. Dí pronto á mi señor que le cguardo aquí. *(Secnmente.)*

HUMB. (Ya le espanté. Soy tan valiente cuando he bebido como buen cocinero antes de beber.)

PEEL. ¿No vas?

HUMB. No.

PEEL. ¿Por qué? *(Colérico.)*

HUMB. *(Con guasa, viendo que* MARCIAL *ya viene.)* Porque ahí le tienes sin que se le avise. (Tal para cual. ¡Buen par de alhajas!) *(Sale* MAR.*)*

PEEL. *(Bajo.)* Señor, todo está preparado.

MARC. Pues vamos pronto. *(Aparte, al irse.)* (Creo que la cosa saldrá á pedir de boca.)—Sígueme. *(Se van, foro derecha.)*

HUMB. No sé por qué; pero no puedo tragar á este hombre. ¡Y á fé, á fé que yo tengo buenas tragaderas! Me parece que el señor Harris no

piensa bien en querer casarle con su hija. ¿Dónde irán? Yo he de averiguarlo, y según lo que sea, avisaré al señorito Gefferson para que estorbe semejante enlace. ¡Y ella le quiere! esto es lo peor, Y el señor Roberto le halla simpático, porque le habla siempre de guerras, de viajes y aventuras..... que para mí son pura invención. ¡Vamos, yo no sé qué decir de semejante boda! Por de pronto, al poco tiempo de la presencia del señor Marcial, la señorita se sintió delicada y tuvo que volver á Chárleston donde permaneció bastante tiempo en casa de su nodriza á quien había dejado en cinta su difunto esposo, esto es, el nodrizo. ¿Qué clase de amante ó novio será ese Sr. Marcial, cuya sola presencia es para su amada causa de enfermedad? ¡Vamos á ver! No puede ser sino un novio así... como el cólera ó el tifus, que no son por cierto cosas buenas. *(Viendo á* MARTA.)—¡Ah! la señora Marta. Indaguemos.

ESCENA XII

HUMBOLT *y* MARTA

HUMB. ¿Sabeis qué intentan el Sr. Marcial y su criado?

MARTA. Lo que sé es que me encuentro en un grave conflicto: lo que sé es que ahora mismo me han dado esta carta para que yo se la dé á la señorita, ¡y en este instante reflexiono que me la han entregado sin decirme si se refiere á la Srta. María ó á la Srta. Luïsa: lo que sé es que... ¡Vaya un compromiso!

HUMB. ¿Quereis creerme? Y dispensad, Sra. Marta si me meto en asuntos que no son vuestros ni míos.

MARTA. Con tal que no digas alguna barbaridad...

HUMB. No hay cuidado.

MARTA. ¿Por qué?

HUMB. Porque yo no soy ningún bárbaro.

MARTA. Bueno; esplícate.

HUMB. Pero no me levanteis luego la mano, ó mejor

dicho, no la dejeis caer después con fuerza sobre mi mejilla.

MARTA. Bien, acaba.

HUMB. *(Con fatuidad.)* Dadme la carta á mí.

MARTA. Tú, no eres señorita.

HUMB. Pero quiero evitar que contraigais responsabilidades. Me entregais la carta: yo me encargo de ella, y si la doy á María y no á Luisa, ó á Luisa y no á María; es decir, si cometo un quidproquo, vos no tendreis la culpa, porque yo solo seré el culpable del desaguisado.

MARTA. ¡Buena idea! Toma. *(Se la dá.)*

HUMB. *(Tomándola.)* Venga y. . me voy. *(Yéndose muy satisfecho.)*

MARTA. Espera, tonto.

HUMB. Pero soy un tonto que tiene buenas ideas.

MARTA. Esta carta no ha de ser entregada hasta que dén las ocho en el reloj de la iglesia.

HUMB. ¡Hola, hola! ¡esas tenemos? Aquí hay misterio. Ya lo sabremos á las ocho y cuarto.

MARTA. *(Algo incomodada.)* ¡Eres un desvergonzado!

HUMB. Y vos sois una...

MARTA. *(Ofendida.)* ¿Una... qué? ¡Toma, pues! *(Le da un bofetón y se vá.)*

HUMB. ¡Aay! ¡Caramba, cómo me duele! ¡Ha sido de órdago, como si dijéramos de padre y muy señor mío! ¡Es que es mucho, que por más que estoy acostumbrado á recibirlos, no puedo acostumbrarme todavía á que no me causen dolor! *(Se va, quejándose, foro derecha.)*

ESCENA XIII

MARÍA *y* GEFFERSON, *foro izquierda*

GEFF. Ven, hermana mía.

MARIA. ¿Qué quieres?

GEFF. Hablarte sin testigos: por esto te llamo aparte.

MARÍA. Pero ¿precisamente ahora que para celebrar tu llegada, debemos reuuirnos en la mesa en compañía de mi Marcial y de tu Luisa?

GEFF. Si: ahora precisamente, porque de Luisa pienso hablarte.

MARÍA. Di, pues.

GEFF. Quiero que me descifres un terrible misterio

que hay en esta casa, porque Luisa aparece á mis ojos con un velo de indiferencia que me espanta. Yo la adoro, y voy sintiendo que alguien tal vez me roba su amor.

MARÍA. No te comprendo.

GEFF. No hace mucho, cuando yo aquí mismo le espresaba mi ardorosa pasión; cuando le manifestaba la esperanza de un risueño porvenir, en lugar de ver en sus ojos la inmensa satisfacción de la mujer enamorada, he visto, por el contrario, frialdad: en vez de hallarme correspondido como amante á quien se espera con afán, me ha recibido espresando amor fraternal, y en vez de la espansión con que me despidió al emprender mi viaje en busca de tesoros con que labrar su fortuna, ni siquiera he visto en sus labios la alegria que me han demostrado hasta los fieles criados de la casa. ¿Qué es esto? ¿Acaso la presencia de Marcial?...

MARÍA. *(Cortándole la palabra.)* ¡Oh! no prosigas. ¡Marcial es mío, á Marcial le quiero yo con toda el alma! ¡Y él también me quiere! y tampoco está conmigo animado como antes. Pero es por la pena que le causa la enfermedad de nuestro padre. ¿Quién te dice, pues, que á Luisa no le sucede otro tanto?

GEFF. No es posible. Los afectos del alma se reflejan en el rostro. Por más que Luisa—recordando el juramento que nuestro padre hizo al suyo cuando éste murió dejándola abandonada—sienta pena y angustia por la enfermedad de quien hace diez años es su amparo, si en su corazón alimentase amor puro, grande, noble y verdadero por este que aquí late por ella, la fuerza de esa pasión ahogaría un punto el dolor que la gratitud le impone; y en su hermoso rostro, en sus brillantes ojos, algo de ese amor se habría transparentado con indecible dicha mía. Esto no ha sido: no ha salido á la superficie el amoroso afecto que yo creía en el fondo de su corazón: luego ese amor no existe. *(Con amargura.)*

MARÍA. No digas eso. *(Con mucha seguridad.)* Yo tengo pruebas seguras de cuanto me idolatra

Marcial, y sin embargo de que no hay en su actitud ese calor que tú demuestras, no dudo de él. También yo estuve ausente de aquí por causa de enfermedad bastante tiempo, y á mi regreso Marcial me recibió sin entusiasmo; y, sin embargo, no me falta su cariño. Tú tienes un carácter arrebatado, ella es tranquila: tú vuelves impresionado por cuanto has visto en tus viajes; ella está avezada á la monótona vida de familia: tu regreso era esperado con seguridad y exactitud completa desde tu última carta: por lo tanto, el efecto de tu llegada ha sido... de alegría, sí; más sin sorpresa.

GEFF. No logras convencerme. ¿Por qué, si me ama, no se halla ahora al lado mío? ¿Por qué ni siquiera se encuentra reunida con mi padre, ansiosa de oir el relato de mi amigo Bertrán? ¡Oh! esta estraña conducta es presagio, no lo dudes, de algún mal que amenaza. *(Dan las ocho.)*

ESCENA XIV

Dichos, SIR ROBERTO, SANTIAGO, *á poco* HUMBOLT

SIR. R. (*En tono muy familiar.*) ¿Qué esperais? Es ya la hora de reunirnos en la mesa. Tú, María, vé por Luisa; Marta ha ido ya á avisar á Marcial; Santiago y este convaleciente anciano aguardan á su querido Gefferson... (*Viendo salir á* HUMBOLT) y á buen seguro, á buen seguro que el cocinero Humbolt viene á avisarnos que está ya la cena.

HUMB. No, Sr. Harris; mi misión es distinta. Vengo en busca de la señorita para entregarle esta carta. (SIR. ROBERTO *la toma y va á darla á su hija.*) (No he podido ser más puntual. No tendrá motivo la Sra. Marta para darme otro bofetón.) (*Se retira.*)

SIR. R. Toma, hija mía.

MARÍA. Podeis leerla, que no tengo secretos para vos.

SIR. R. Que la lea Gefferson.

GEFF. (*Tomándola.*) Veamos. *(Lee.)* «María: hora es ya de confiarte un secreto. Tú amas á Marcial; pero éste no puede ser esposo tuyo. Su amor me corresponde. La gratitud á tu padre había sellado mis labios. Hoy la gratitud y el amor me obligan á hablar. Cuando leas estas líneas, estaré con él fuera de la Unión para ir en busca de un sacerdote que bendiga su amor hacia la que ha sido hasta hoy tu hermana adoptiva.=Luisa.»

MARÍA. ¡Ah! (*Cae desvanecida en brazos de* SIR. ROBERTO *y de* SANTIAGO.)

SIR. R. ¡Hija!

SANT. ¡Terrible noticia!

GEFF. (¡Desgraciada hermana!)

SANT. No es nada. (*Por* MARÍA.) Sentémosla aquí, que le dé el aire. (*La sientan cerca del balcón*)

GEFF. (¡Ay, Luisa! ¡cuánta es tu deslealtad.)

SIR. R. ¡No vuelvo de mi asombro! Parece imposible que... (*Con exaltación.*)

SANT. No os exalteis. Podríais perjudicar vuestra convalecencia.

GEFF. ¡Infames! ¿Veis, padre mío? ¿ves, hermana, como era verdad lo que temía? ¿ves como Marcial...?

MARÍA. *(Incorporándose y con desesperación.)* ¡Oh! no le nombres; no quiero saber de él. ¡Es un perjuro!

SIR. R. ¿Qué dice?

MARÍA. *(Esforzándose para vencer su abatimiento y casi delirando.)* Si, padre mío; si, Gefferson, un perjuro. Me había jurado por su honor amor eterno. Dos años hace ya. ¡Y yo incauta, yo inocente, fui víctima engañada de mi amor loco hacia ese hombre fatal!

SIR. R. ¡María! *(Horrorizado.)*

GEFF ¡Hermana!

MARÍA. En casa de Jacoba mi nodriza se halla un inocente ángel, infantil compañero de su tierno niño y prueba de mi desgracia y del frenesí con que era amado mi seductor.

SIR. R. ¡¡¡Cielos!!!

SANT. ¡Cuánta fatalidad!

GEFF. ¡Estás perdida, deshonrada!

SIR. R. ¿Y no lo habías dicho?

MARÍA. Ni á vos, padre mío, ni á nadie, á nadie, *(Muy marcado.)* ¡á nadie absolutamente! Pretesté no estar buena; creísteis que mudar de aires me sería saludable; fuíme con mi nodriza, y ella es la única que sabe tal secreto, aun ignorando la verdad. La pobre crée que yo estoy casada.

SANT. *(A* SIR. ROBERTO *que está visiblemente emocionado.)* Sir Roberto, ¡valor!

MARÍA. Durante mi ausencia, sin duda, se enamoró de Luisa. Yo, ignorándolo, redoblé á mi vuelta mis esfuerzos de amor á Marcial, esperando con ánsia tu venida para casarme con él y manifestar á todos, ya honrada, lo que hoy no puedo decir sin llanto en los ojos y pena en el corazón.

SIR. R. No se si tendré fuerzas...

MARÍA. ¡Padre mío!

GEFF. Recobrad la calma. Dios no consentirá que tal acción puede impune.

SIR. R. ¿Qué piensas hacer? Se trata del honor, que es para mí lo que hay que tener en más estima, del honor, más preciado que la misma vida.

GEFF. Decis bien. Mas yo conseguiré saber donde van, y...

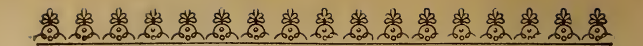
SANT. Yo te ayudaré á encontrarles. Mi corazón honrado se subleva al saber tales infamias.

SIR. R. ¡Oh, noble amigo Bertrán! Si, acompañadle. Yo, viejo y enfermo, juro que si estuviese aquí, le arrancaría la existencia. Cien veces la he ofrecido por el honor de mi patria: ¡mil vidas diera, á tenerlas, para recobrar el honor mío!

MARIA. Gefferson...

GEFF. Tu, pobre María, confía en tu hermano, y vos, padre, en vuestro hijo. Si hasta hoy he viajado en alas de la esperanza, emprenderé nueva ruta hasta el confin de la tierra si es preciso. Yo hallaré á ese miserable y le enseñaré lo que debe hacerse por un ultraje al honor.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala central de una fonda, en Cherburgo.—Mesa con periódicos, sillas, etc.

—

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO, HUMBOLT, GUSTAVO *y* MARINEROS

SANT. Oid, muchachos, oid, que á todos nos interesa. Pero antes digamos ¡viva el Sur!

COMPS. ¡Viva!

SANT. Por orden del capitán Semnes voy á leer este documento. *(Por unpliego que tiene.)* «Puerto de Flushing á 19 de Junio 1864. — Al capitán y marinos del corsarie *Alabama* el comandante de la corbeta de guerra norte-americana *Kearsarge.*— Si la gloria de los corsarios es para los tripulantes del *Alabama* algo más que el pillaje á que se dedican arrasando y pegando fuego á buques mercantes indefensos, mañana al despuntar el dìa les aguardan los de *Kearsarge* á ocho millas fuera del puerto y de la jurisdicción francesa, para luchar en formal combate á muerte y probarles hasta donde llaga el valor de los marinos del Norte.—Firmado.=Winslow.»

HUMB. *(Asustado.)* ¡Esto es un cartel de desafío!

GUST. No importa. Nuestro vapor es el espanto del Océano.

SANT. Amigos, ya lo oís. Los federales nos arrojan el guante: debemos recojerlo y contestar con

las armas. Si incendiamos á veces los buques apresados, tados sabeis que el bloqueo de los puertos nos impide que allí llevemos nuestras presas; en las eostas de Inglaterra tampoco nos es tolerado conducir las naves capturadas: Y además, cuantos buques han sido hasta hoy víctimas de nuestro arrojo, ostentaban la bandera odiosa de la causa del Norte que tan injusta guerra se empeña en sostener. Aceptemos, pues, el combate con valor, con orgullo. Nuestra causa lo exije. Todas las naciones nos contemplan. Es preciso obtener honrosa victoria, ó encontrar gloriosa muerte.

TODOS. (*Menos* HUMBOLT) ¡Si, si!

GUST. Venguemos la injuria que nos echa en cara. El mar ya nos conoce. No ha de faltarnos el triunfo. Así lo acredita la historia de nuestro grandioso bajel. Todos recordareis vuestra llegada de Inglaterra á las islas Azores, provistos de armas y dispuestos á formar la tripulación con nosotros que nos honrábamos ya entonces con la compañía y amistad de Semnes. Pero ignorais tal vez que el *Alabama* fué mandado construir por el Emperador de China, quien después lo vendió á nuestro Capitán. Luego se dictó orden de secuestro que llegó tarde á Liverpool, porque ya habíamos salido de allí, siendo después perseguidos por los federales en el golfo de la Mancha. Sufrimos averías, es muy cierto; pero fueron nuestro bautismo de sangre: habíamos ya de ser corsarios y fuímos á las Azores para repararlas. Lo demás ya lo sabeis: el Capitán nos arengó: salimos á la mar entusiasmados; y los combates victoriosos, las hazañas y los abordajes, pueden llenarnos de gloria. De mí puedo deciros, compañeros, que desde que ví la luz primera en el camarote de un buque de mi padre, jamás había esperimentado como ahora el orgullo de marino. Venceremos, pues, mañana, ó, si nuestro destino es que sucumbamos, abrazados al timón sabremos hundirnos en el fondo de estos mares. ¡Viva el Sur!

SANT. Si, muchachos, ¡viva!

COMPS. ¡Viva!

SANT. Bueno. Por mi boca sabrá el capitán Semnes que estais dispuestos á sostener el honor del *Alabama*.

GUST. Y yo también, amigos, lo diré á mi padre que ya sabeis merece toda su confianza. Ahora partamos. (*Vanse todos, menos* SANTIAGO *y* HUMBOLT.)

ESCENA II

SANTIAGO, HUMBOLT

HUMB. ¡Ay, Sr. Bertrán! No hay remedio: yo confieso que no sirvo para estas cosas. Mejor serviría para Emperador de la China, porque yo también vendería el buque.

SANT. ¡Déjate de sandeces! ¡Pues vaya un marino de agua dulce que tenemos en ti!

HUMB. ¡No, si os equivocais! Ni soy marino, ni quiero serlo. Yo soy cocinero y criado del Sr. Gefferson. Ya sabeis que con tal carácter me lleva consigo desde que salimos de su casa después de la muerte del anciano sir Roberto Ahora soy marino en apariencia; pero en realidad soy cocinero, lo cual quiere decir que sirvo para un barrido y no para estos fregados ni zafarranchos. Solamente de pensar en el que se prepara, la cabeza me da vueltas y dolores la barriga... y hasta me duelen los riñones.

SANT. Vamos, no seas cobarde: esto es una vergüenza.

HUMB. ¿Qué quereis? Cada uno tiene su genio y sus aficiones. Vos y el Sr. Gefferson habeia nacido para viajar; vos porque os agrada, y él por ese deseo que tiene de vengarse del señor Marcial, cuyo rastro no hemos hallado, ni es fácil, á mi endender, que lo encontremos. Yo prefiero estar tranquilo en la cocina, divirtiéndome con mis cacerolas y mis ollas, y... (comiéndome las mejores tajadas.) Y cuando desde que os dió á los dos esa maldi-

ta idea de ingresar en la tripulación del *Alabama* me he convertido en marinero... por fuerza, creo que el buque se hunde y se me figura que es un grano de arroz en un inmenso puchero lleno de agua y sal. ¡Todavía me acuerdo del apresamiento del vapor *Ariel!* ¡Ay, cuanto sufrí! ¿Y quereis que me entusiasme ante la perspectiva de un abordaje? ¡Ay, Dios me libre! El corazón me dice que nos va á ser fatal el desafío.

SANT. No seas pesimista ni míedoso.

HUMB. ¡Ah, si, si, si! Lo que es esta vez ya podrán cantarme el *De profundis*. ¡Ay! ¡quién pudiera quedarse en tierra! Preferiría habérmelas con cien mil señoras Martas, aun cuando me diesen cien mil bofetadas!

SANT. Dios nos asistirá.

HUMB. ¡Ca! no lo creais. Dios no es corsario; Dios predicaba la paz y caridad, no la guerra y la piratería.

SANT. No hables así en presencia de mi amigo, porque ya sabes que está entusiasmado desde que se han reparado aquí en Cherburgo las averías de nuestro buque, de cuyas hazañas se hacen lenguas todos los habitantes de la ciudad. ¿Y cómo no, si desde que navega armado en corso ha realizado ya tantas hazañas? ¡Bien por el capitán Semnes! Con que... no lo olvides: cállate delante de Gefferson cuando se presente aquí.

HUMB. Casi tanto valdría que no se presentase, porque para tener que abandonar la fonda esta misma noche...

SANT. No importa, no: mira si han preparado ya habitación.

HUMB. Si, es el cuarto que hay al final de aquel corredor. Venid y os lo enseñaré.

SANT. Pues vamos. *(Va hacia el foro izquierda.)*

HUMB. (Estoy segùro que si hoy comemas pescado, mañana en cambio los peces nos comerán muertos ó vivos.) *(Le sigue.)*

ESCENA III

MARTA, *luego* FRANCISCO

MARTA. *(Segundo puerta derecha.)* ¡Jesús! ¡y cuanto ruído han hecho esos condenados marineros! ¡Siempre con sus vivas y sus mueras! Y en todas partes es lo mismo desde que hay esa funesta guerra entre federales y confederados. En todos los hoteles se discute con calor y se alborota. Por esto no me gusta estar en las fondas. Veamos si el camarero ha dado ya orden para que vengan á recajer los equipajes. Mañana los señores quieren partir hacia Inglaterra y queda aun mucho por hacer. —Ahí está Francisco. *(Este sale por el foro.)* Oye, tú.

FRCO. Sra. Marta.

MARTA. ¿A qué hora vendrán por el equipaje?

FRCO. Esta tarde. Con que, ¿por fin os marchais?

MARIA. Si: á la señora no le prueba este país y por consejo del médico, resuelven establecerse en Inglaterra.

FRCO. Y vos ¿habeis viajado siempre con ellos?

MARTA. Siempre. La señorita se me llevó en su compañía desde Chárteston, y á esta circunstancia debo haber visto la Francia, la Italia, la España, Portugal, etc., etc., etc., etc., lo cual quiere decir que he visitado ya muchos países y que no me vendrá mal hacer alto definitivamente.

FRCO. Callemos: oigo la voz de la señora.

MARTA. Pues entro á preparar...

FRCO. Y yo voy á disponer pronto el almuerzo. *(Vase, foro izquierda.)*

ESCENA IV

LUISA, OLIMPIA *y* MARTA

LUISA. Marta, ¿ha venido ya Marcial?

MARTA. Aun no, señorita.

OLIM. *(A* MARTA.*)* (¿Le has visto? *(Con interés.)*

MARTA. ¡Ya lo creo! Más de una hora ha rondado debajo de vuestro balcón.

OLIM. ¿Me amará?

MARTA. No entiendo yo de achaques de amor; más tal parece.

OLIM. Ya ayer me siguió. ¡Oh! y es muy guapo.)

LUISA. Toma, Marta. *(Le da un ramo de flores que trae.)* Entra estas flores. *(Vase* MARTA.)

OLIM. ¿Y nosotras, mamá?

LUISA. Entretanto me leerás aquí este periódico. *(Dándole uno de los que hay en la mesa.)*

OLIM. *(Al tomarlo.)* ¡Ah! «El Diario de la Marina.»

LUISA. Busca noticias locales. Lee.

OLIM. *(Leyendo.)* «Desde que se halla en nuestro puerto el corsario *Alabama* que está reparando averías, reina cierta efervescencia; pues la ojeriza que se tienen sus tripulantes y los marinos de los Estados Unidos del Norte, hace temer algun accidente deplorable para unos ó para otros.»

LUISA ¡Cuánto me desagradan semejantes cosas! ¡Desgraciada guerra, que así está desolando tan bello país!—Pero entremos ya y déjate de lecturas tan poco halagüeñas. Vamos á preparar nuestras ropas para el viaje.

OLIM. ¿Cómo es que tienes tanta prisa por dejar esta ciudad? Yo, mamá, á no ser porque tu voluntad es siempre la mía, me atrevería á suplicar que prolongásemos nuestra permanencia aquí.

LUISA. Ya lo sabes, por mi salud.—Y vamos á ver: ¿por qué tienes tú ese empeño, Olimpia mía? ¿Sientes acaso separarte de las amigas que tanto te han agasajado durante estos dos años? ¿te han dicho tal vez las hijas de Rouvier que les causa pena tu separación?

OLIM. Si que la sienten. Y además, hay también, mamá, otra circunstancia. Pero primero es tu salud que todo.

LUISA. ¿Qué hay? Dilo: estoy ansiosa por saber...

OLIM. Pues... No ignoras que yo nunca he tenido secretos para tí. *(Con reserva.)* Has de saber que creo ser amada por un joven..

LUISA. ¡Hola! ¿Y nada sabía yo?

OLIM. Pues porque nada sabes he resuelto manifestártelo.

LUISA. Ya escucho: habla.

OLIM. *(Con mucha ingenuidad.)* Hace dos días—precisamente cuando fuí á despedirme de Julia y Enriqueta las hijas de Rouvier—noté que un joven marino, que formaba corro con varios oficiales en una de las plazas que atravesamos, se fijó de tal manera en mí y me dió mirada tan viva y penetrante que se cruzó rápidamente con la mía, que en un instante causó en mí una fuerte impresión jamás sentida. Bajé la vista y apresuré mi paso. ¡Le había visto apenas y le amaba ya! Procuré disimular; pero la turbación que esperimenté no pudo ocultarse á Marta. Marchábamos, pues, yo algo avergonzada y ella cuidadosa, cuando al volver involuntariamente la vista hacia atrás, observé que él nos seguía.—¿Será casualidad?—me dijo yo.—Y quería apartar de mi imaginación una idea que ya la envolvía por completo ¡Y no pude conseguirlo! Apresuré mi entrevista con Julia y Enriqueta: anhelaba pasar otra vez por la plaza donde se hallaban los oficiales: una fuerza irresistible, cual poderoso imán guió allí mis pensamientos y mis pasos. ¡Y él no estaba!—¿Me habrá olvidado ya?—pensé.—Y seguí adelante, con desaliento en el alma.—¡Todo ha sido ilusión—dije á mi Marta.—Pero al llegar á la esquina de esta calle *(Animándose.)* le divisamos enfrente de este hotel. ¡Cuánta alegría! Ya no dudé de que así como yo sentía latir por él mi corazón, en el suyo había amoroso afecto para mí. En un momento, sin saber ni mi nombre, averiguó mi domicilio. Le ví mirando á ese balcón; *(Señalando á la derecha.)* ayer volvió dos veces, y si no con palabras, con su mirar centelleante, se espresó de sobras para que yo pueda comprender que soy amada.

LUISA. No te hagas tan bellas ilusiones, que acaso podrían desvanecerse como el humo.

OLIM. ¡Oh! mamá, no quieras atormentarme. No será ilusión. *(Dirije casualmente la vista al foro, y con sorpresa y alegría, vé á* MARCIAL *y á* GUSTAVO.) Mira, aquí llega.

LUISA. *(Sorprendida también.)* ¿Cómo? (GUSTAVO *se ha presentado el primero y cede el paso á* MARCIAL.)

ESCENA V

Dichos, MARCIAL *y* GUSTAVO

MARC. Pasad primero.

GUST. ¡Oh! no faltaba más. De ningún modo.

LUISA. *(Levantándose.)* Marcial...

MARC. Mi bella Luisa... y tú, hija mía, tengo el gusto de presentaros á este joven alférez del *Alabama,* íntimo amigo de un compañero y á quien he conocido hace un momento. Vivirá en este hotel, y éste es otro motivo para que podamos ofrecerle nuestra amistad. *(Ahora las presento.)* Mi esposa,... Mi hija Olimpia. (GUSTAVO *les da la mano.)*

GUST. Señora... señorita... (¡Cuán bella es!)

OLIM. (¡Ay! ¡cuán simpático!)

LUISA. (Este joven demuestra ser un muchacho resuelto.)

MARC. Pero sentémonos. *(Lo hacen.)*

GUST. Mil gracias.

MARC. Acabais de decirme que os instalais en esta fonda, lo cual tengo por síntoma de que vuestra estancia en Cherburgo será corta.

GUST. Bien lo presumís. Mañana mismo debemos hacernos á la mar, y lo siento; porque, aún cuando la vida de marino me entusiasma desde que en el mar nací, la verdad *(Con intención.)* es que ahora todos mis bellos ideales no se encuentran para mí ciertamente en el Océano.

OLIM. (Ya se refiere á mi.)

LUISA. (¿Si irá á declarar su amor?)

MARC. ¿Estais aquí sin familia?

GUST. Viajo con mi padre, que, fiel servidor de la causa del Sur en esta guerra de secesión, se halla dispuesto, como yo mismo, á dar por su país ¡hasta la vida!

MARC. Con esto demuestra poseer noble corazón. Tendria mucho placer en estrechar su mano.

GUST. Nada más sencillo y nada más natural. Hoy

vendrá á almorzar aquí: no puede tardar, y estoy persuadido de que se alegrará tanto como yo me alegro, de trabar relación con vos y con esas distinguidas damas.

OLIM. (¡Qué conversación más agradable!)

LUISA. (Sabe aprovechar el tiempo.)

MARC. En ese caso, querido joven, os suplico digais á vuestro padre cuando llegue, que le esperamos en nuestra habitación *(Señalando la derecha.)* para inaugurar una amistad muy duradera.

LUISA. *(A* OLIMPIA.) (Tu padre, sin saberlo es ya el protector de tu pasión.

OLIM. ¡Cuánto me alegro!)

GUST. Voy, pues, al instante.—Soy vuestro servidor.—*(A ellas.)* A vuestros piés. (No he dado el golpe en vano. Abordaje completo.) *(Vase, foro derecha.)*

ESCENA VI

LUISA, OLIMPIA *y* MARCIAL. *A poco* MARTA, GEFFERSON *y* GUSTAVO; *después* HUMBOLT *y un* MOZO *de la fonda.*

MARC. ¡Simpático joven! *(Marcado.)*

OLIM. *(Muy alegre.)* ¿Verdad que sí, papá?

MARC. ¡Verdaderamente simpático!

OLIM. ¡Ay! no sabes tu cuán de veras me alegra que tengas formada de él esa opinión de simpatía.

LUISA. Entremos, Marcial, y sabrás noticias que no presumes.

OLIM. *(A* LUISA.) (¡Mamá!

LUISA. Si, hija; bueno es prevenirle, porque, á juzgar por el carácter de ese joven, lo menos que hará al presentarse con su padre, será pedir tu mano.)

MARTA. Ya están las flores, señorita. Voy á avisar que entren el almuerzo

MARC. De paso añade que pongan en la mesa hoy dos cubiertos más.

OLIM. *(A* MARTA.) Para mi futuro. *(Mirando al foro casualmente.)* Mírale: ya llega con su padre.)

MARTA. (Bien dicen que Amor tiene alas.)

GUST. *(Que había aparecido ya en el foro por la derecha, acompañando á* GEFFERSON, *entra con éste en escena.)* He vuelto *(Dirigiéndose á* MARCIAL.) más pronto de lo que pensaba: mi padre venía ya al hotel. Voy, pues, á tener la honra de presentárosle.—Padre mío, os hallais ya en presencia de las personas que os ofrecen hoy, con su mesa, su amistad.

GEFF. *(Su semblante es el de un hombre de larga y espesa barba y muy moreno.)* Caballero... *(A* MARCIAL.) (¡Oh Dios! ¿no sueño?)—Señorita... *(A* OLIMPIA.)

MARC. (¿Dónde he visto yo esa cara?)

GEFF. *(Saludando á* LUISA.) Señora... *(La reconoce y dice con grito desgarrador, pero sofocado, procurando disimular.)* (¡¡Gran Dios!!)

LUISA. ¡¡Cielos!! *(Aterrada y sin poder articular ni una palabra más.)*

MARC. ¡Luisa! *(Atraídos por el grito de* LUISA.)

OLIM. ¡Mamá!

MARTA. *(Yendo también al grupo.)* ¿Qué tiene la señorita?

GEFF. *(Con satisfacción mezclada de dolor.)* (¡Oh, bendito sea Dios! ¡al fin les hallo!)

OLIM. ¡Venid aquí, á mamá!

HUMB. *(Foro izquierda.)* ¿Qué pasa? ¿qué hay? Esos gritos...

MARTA. No seais imprudente.

HUMB. (¡Cáspita! la señora Marta: avisemos al señor Bertrán.) *(Vase.—Entretanto* LUISA *se ha repuesto algo de la impresión producida por la presencia de* GEFFERSON. MARCIAL *que también había acudido á socorrer á* LUISA, *dice ahora á* GEFFERSON *al tiempo que* OLIMPIA *y* MARTA *entran á* LUISA *en su cuarto:)*

MARC. Caballero, necesito saber...

GEFF. (*Con sarcasmo é imperio.*) Socorred á esa mujer y no la abandoneis *(Con mucha intención.)* como á otras habeis abandonado cuando más necesitaban vuestro apoyo. (MARCIAL, *algo confundido, se vá por la derecha, diciendo:)*

MARC. Volveré á exijiros las esplicaciones que hacen falta. Antes es mi esposa. (¿Quién podrá ser?)

ESCENA VII

GEFFERSON *y* GUSTAVO

GUST. *(Que ha contemplado con estrañeza la situación.)* ¿Qué misterio es este, padre mío?

GEFF. No quieras averiguarlo.

GUST. ¡Oh! si, es preciso. Yo os he presentado aquí creyendo que esa visita sería augurio de felicidad, y me encuentro con una escena incomprensible que por de pronto destruye todas mis esperanzas más risueñas

GEFF. *(Asombrado.)* ¿Qué dices?

GUST. ¡Si, padre mío! Esa niña absorve mi pensamiento; esa angelical criatura es para mi objeto predilecto de amor purísimo. Hace poco la vi: fuerza magnética nos atrae desde que su mirada se cruzó con la mía, y... la amo, padre mío, ¡nos amamos!

GEFF. *(Con horror.)* ¡Desgraciado! ¡basta! Entre la familia de esa niña y yo, hay un abismo insondable.

GUST. Pero ¿qué es?

GEFF. No pretendas saberlo. Sabe solo que la Providencia hará ver pronto que los culpables encuentran, tarde ó temprano, su castigo.— Ahora *(Con mucha autoridad y energía.)* mira si está todo listo en el *Alabama,* y dí á mi amigo el valiente Semnes que Gefferson Harris no faltará esta noche á bordo, dispuesto á tomar parte mañana en el combate que ha de echar á pique el *Kearsarge.* No pienses en el amor de una mujer; prefiere siempre á éste el amor á la patria. (GUSTAVO *se va por el foro derecha. Pequeña pausa.)*

ESCENA VIII

GEFFERSON *y* SANTIAGO

SANT. *(Foro izquierda.)* Gefferson ¿á donde va Gustavo? ¿Qué te agita de este modo? ¿qué te pasa? ¿Será verdad lo que Humbolt dice? Habla ya sin tardanza, te lo ruego.

GEFF. *(Cuyo semblante se ha animado.)* ¡Oh, Santiago! En un momento he vuelto á los tiempos de mi juventud; he borrado tres lustros de mi existencia. Ya puedo dar por bien empleados mis desvelos: mi padre desde el cielo me contemplará hoy con orgullo.

SANT. ¿Es decir qué...?

GEFF. Tú recuerdas que, deseando salvar la honra de María, apenas muerto mi padre á consecuencia del disgusto que le causó la conducta infame de Marcial, emprendimos viaje en busca de éste para que, en vez de unirse con Luisa, se casara con mi hermana. No le pudimos hallar. Muerto mi padre, yo era el único que podía vengarla. Resolví emplear cuanto havía adquirido y destinado á hacer la felicidad de Luisa, en viajar para labrar su desdicha. Y sabes como nos lanzamos al mar, visitando mil puertos y ciudades sin encontrar á quienes perseguía; como después fuímos corsarios; como se entabló luego mi amistad con Semnes, capitán del *Alabama*. Pues bien: ni los percances, ni las tempestades, ni los combates, ni las aventuras que han surjido, ni el tiempo que ha pasado, han sido bastantes para hacerme olvidar de mi pobre María. ¡Siempre su recuerdo me acompaña! Y oigo también la voz de mi padre.—¡Venganza!—dice.—Y venganza obtendreis. ¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin vais á mostrar á mi pobre alma que no falta jamás vuestra justicia!

SANT. Pero ¿qué? ¿Puedes vengarte? ¿te ha mostrado quizá Dios algún camino para encontrar al hombre á quien buscamos?

GEFF. Me ha mostrado más: he visto ya á ese hombre; también á esa mujer. ¡Y vengaré á María! Dios lo quiere. El fuego que alimente mi corazón, conduciéndole cual veloz locomotora á través de tierras y de mares; este fuego, que mientras viajábamos al azar sin llegar con resultado á parte alguna parecía fuego fátuo; este fuego, que no se ha extinguido con el tiempo, sin necesitar humano esfuerzo para conservar su ardor y llama;

este volcán, en fin, que siendo soplo infernal no habría permitido el logro de mi deseo, me acaba de transportar á un punto donde puedo ver realizado mi propósito. Es, pues, fuego de Dios; mi afán es justo, y seguro será, por lo tanto, mi venganza.

SANT. Pero ¿qué intentas hacer?

GEFF. No sé; deja que me serene. Ya sabes que, á poder ser, hubiera querido que ese perjuro hubiese dado á mi hermana su mano ya que no le diera su amor. Esto no es ya posible. Respecto á él, quiero lavar con sangre el honor ultrajado, y en cuanto á ella...

SANT. Por lo que hace á Luisa, repara...

GEFF. Deja que antes la vea y que le hable. Fría, aterrada, llena de espanto ha quedado al verme; yo, mudo y estático de puro sorprendido. El fuego del corazón se ha agolpado en mi mente, cubriendo cual candente vena mis sentidos. Ella se desmayó; se la llevaron... y al rehacerme yo ¡me hallo en tus brazos! ¡Oh, mi amigo leal! *(Se abrazan.)*

SANT. Mejor tu hermano, dispuesto á ayudarte y á hacer por tí el sacrificio de su vida. Por ti me batiré, si quieres. Estoy solo en el mundo. Tú debes vivir para tu hijo.

GEFF. ¡Oh, gracias; pero no lo admito! La defensa del honor no se delega.—Mas disimulemos; oigo passos.

SANT. Hacia aquí se dirijen dos señoras.

GEFF. ¿Querrá el cielo tal vez...? ¡Oh, si fuese ella! Santiago, déjame. Dispensa: luego iré á reunirme contigo.

SANT. Espero en nuestro cuarto. No te exaltes y considera que no debes proceder con arrebato. *(Vase, foro izquierda.)*

ESCENA IX

LUISA, MARTA *y* GEFFERSON

LUISA. *(Puerta derecha.)* Resueltamente, Marta, quiero ir á averiguar donde está ese hombre y...

GEFF. *(Volviéndose á ella.)* Aquí me teneis ya.

LUISA. (¡Dios, dadme fuerzas!) *(A* MARTA.) (Dí á Marcial que pronto seré con él.) *(Vase* MARTA.)

ESCENA X

LUISA, GEFFERSON

LUISA. (Ni me atrevo á mirarle.) *(Pausa corta.)*

GEFF. *(Aparentando sangre fría; pero emocionado.)* ¿Y bien, señora? ¿qué es lo que quereis de mí? *(Animándose.)* ¿Es que la conciencia y el remordimiento os llevan á pasados tiempos de soñada felicidad que por causa vuestra y por vuestra ingratitud no habeis gozado? ¿O es que mi presencia os aturde y anonada? ¿O acaso es que...?

LUISA. Sellad el labio, que aun cuando vuestro lenguaje no es tan duro como yo merezco, me hace daño. *(Con espansión involuntaria.)* ¡Ay, Gefferson, Gefferson! Bien cara he pagado ya mi falta. En Marcial—sabedlo—hallé un esposo; mas no un esposo amante, enamorado y tierno que me quisiera con la ternura con que vos me habíais idolatrado, no. Su carácter, que de joven fué hasta amable si quereis, trocóse en adusto y seco; su amor no fué exclusivamente para mi, sino que, volubre, así como antes quiso á vuestra hermana, lo dedicó á otras mujeres. Y tuve que sufrir con resignación y en silencio, siendo así peor mi suerte, que la de esas infelices jóvenes á quienes para vergüenza de América se hace aun hoy día objeto de comercio en dicho país; siendo feliz en apariencia, aunque en realidad, muy desgraciada. Mirad sino mi rostro surcado por las penas, envejecido casi por el sufrimiento. Pues más que en mi semblante, contemplaríais en mi interior las huellas de mi continuado martirio. Mi esposo me dió riquezas y se creyó dispensado de entregarme el corazon. ¡Como si el dinero fuese la llave de la puerta de la dicha! (GEFFERSON *se conmueve y* LUISA *al notarlo, dice:)* ¡Oh! yo temía dirijiros la palabra, y al contemplar esa vuestra mirada compasiva en la cual se re-

trata la pena que os causa la explicación de mis angustias, doy gracias al cielo por este instante de espansión que experimento después de tantos años de pesares. Es—creedlo—un bello y reparador oasis en medio del árido desierto de mi vida.

GEFF. ¡Ah! Con que ¿no habeis sido dichosa?

LUISA. No.

GEFF. ¿Y vuestro matrimonio ha sido fatal á vuestra suerte?

LUISA. Si.

GEFF. ¿Y no habeis hallado ni siquiera el cariño de un padre adoptivo como lo era para vos el mío, ni el halago de un marido bondadoso?

LUISA. No.

GEFF. ¿Y habeis sufrido?

LUISA. ¡Y tanto!

GEFF. ¿Y os ha atormentado mi recuerdo?

LUISA. Muchas veces.

GUST. ¿Y comprendisteis que todo esto era castigo á vuestra falta?

LUISA. ¡Oh, si!

GEFF. ¿Y nada mitigaba vuestra pena?

LUISA. Solo el amor de mi querida hija.

GEFF. *(Con solemnidad y dignidad.)* Pues si Dios se ha anticipado á mi venganza, no puedo vengarme ya; y si bien no os perdono, os compadezco.

LUISA. *(Con agradecimiento y estrañeza.)* ¿Y no me maldecís?

GEFF. Pensaba en maldición y en la venganza; pero mi carazón, cuya fuente de amor para vos no ha logrado extinguir en tantos años ni aun la sangre de las víctimas de mi hacha de abordaje, no se halla seco, y sois todavía para él digna de lástima.

LUISA. ¡Oh, gracias! *(Cae arrodillada.)* Esto me da valor para pediros... *(Aparece* MARCIAL. LUISA *se levanta.)* Mas ¡cielos! *(Al verle.)*

ESCENA XI

Dichos, MARCIAL

MARC. ¡Basta, Luisa! Ni tienes tú nada que pedir, ni él puede concederte cosa alguna. Conmigo se esplicará.

GEFF. Pero antes mírame. ¿No me conoces ya?

LUISA. *(Aterrada.)* (¡Dios mío!)

MARC. No se quien sois, aun cuando vuestro semblante no me es nuevo. Pero quien quiera que seais, impórtame, caballero, saber el motivo de la tremenda impresión que Luisa ha sufrido á vuestra llegada y que tan terrible sospecha me ha infundido.

GEFF. Pero, ¿es que no me conoces ya? repito.

LUISA. ¡Marcial, esposo mío! *(Suplicante.)*

MARC. Calla.

GEFF. *(Con entereza creciente.)* Haz memoria; repasa los principales hechos de tu existencia; recuerda la época que precedió á tu casamiento; piensa en sir Roberto Harris que en Chárleston aprobó tus amores con su hija; acuérdate de como la engañaste; concentra en tu cerebro las argucias que empleaste para atraer á esa mujer *(Por* LUISA.) desventurada; no te olvides de tu conducta traidora; examina mi rostro... y dime si hallas en sus líneas la vengadora figura del hombre que há 16 años va en tu busca; del que ha de ser para tí la sombra del remordimiento; de Gefferson Harris, en fin, que al encontrarte va á tomar satisfacción de tus infamias después de decirte: «asesino de mi padre, seductor de mi hermana, ¿qué has hecho del honor de mi familia?»

MARC. ¿Tú el hermano de María? ¡Ahora recuerdo!

GEFF. Y el que iba á ser esposo de Luisa.

MARC. *(Con sarcasmo.)* Su amante, es cierto. No en vano brotó la chispa de los celos en mi corazón.

GEFF. ¡Y dice que tiene corazón! ¡No! ¡Es mentira! Mas, si le tienes, aun cuando sea de acero; aun cuando se halle blindado por todas las

malas pasiones, ya te juro que ha de penetrar hasta su centro el efecto de mi ardiente cólera.

LUISA. ¡Oh, Gefferson! ¡Por piedad! (¡Terrible trance!)

GEFF. No temais: para vos mi compasión, y mi venganza para él.

LUISA. Pero, ¿y mi Olimpia?

MARC. No ruegues: está furioso, está exaltado, y al hombre que así se halla no se le puede hablar.

GEFF. ¿Y quién es causa, di, sino tú, de que me exalte? ¿y en quién sino en tí—di, miserable—he de satisfacer mi rencor justo? Tú con tu innoble conducta, robaste á mi padre la existencia, y robaste la honra de María, y robaste la ventura á la mujer que mi corazón idolatraba Di, pues, ladrón de vida, honor y felicidad que no pueden restituirse con dinero, si no debes purgar con toda tu sangre los crímenes que hasta hoy tan á mansalva has cometido. Luisa, si procedió mal, en sí mismo ha encontrado su castigo; mas el ultraje inferido á la honra de mi hermana no ha sido satisfecho, y tú que la ultrajaste, vas á pagar tu conducta dándome la vida en desafío.

MARC. *(Con serenidad.)* No me aturde, no, cuanto decís. Sea como querais. Ni soy cobarde, ni oculto jamás la cara á mi enemigo.

LUISA. *(Interponiéndose.)* ¡Ah! no es posible. Semejante duelo sería causa de mayores males. ¡No, no! ¡Marcial... Gefferson, atended! Por mi Olimpia; por ese hijo vuestro á quien hoy he conocido, desistid de vuestra idea.

GEFF. Luisa, no supliqueis. ¡Diez y seis años ha que está fija en mi mente, impresa en mi alma, grabada en mi corazón y encarnada en todo mi ser! Por ella aliento; por no dejar este mundo sin ver satisfecho el honor de mi padre, ó con la sangre del vil perjuro que faltó á mi hermana, ó, si es preciso con mi propia sangre.

LUISA. Entonces tú, Marcial, si amas á tu hija, busca algún medio que...

MARC. Si él no lo encuentra menos lo he de hallar yo. No nos disuadas, pues.

LUISA. ¡Oh, Dios de bondad! ¡inspira á esta madre!

GEFF. (*A* MARCIAL.) Mañana al amanecer se ha de trabar combate horrible entre el *Kearsarge* y el *Alabama*. En él puedo morir. Dos horas antes, saldré del corsario en una lancha, esperándoos cerca de él: acudid vos en otra; y allí, sin testigos, sin tocar en el cielo ni en la tierra, sin luz que guíe nuestro brazo, la suerte, ó mejor, Dios decidirá de nuestras vidas.

MARC. Allí estaré puntual.

LUISA. (*Muy emocionada, casi fuera de si, con rapidez; pero con mucha claridad.*) ¡No, Marcial, no irás! Si has sido infame con María, con sir Roberto, con él, (*Por* GEFFERSON.) conmigo, con todo el mundo, en fin, nada me importa: no puedes serlo con tu Olimpia, con esa hija tuya que vendría á resultar víctima de tu antiguo proceder; que, si tú mueres, va á quedar sola en el mundo, porque yo... ¡me siento morir también!

GEFF. ¿Cómo? ¡Luisa!

MARC. ¿Qué dices?

LUISA. La verdad. No hay en mí fuerzas. Mi salud tan quebrantada, ha recibido hoy golpe fatal que dentro de poco acabará con mi existencia. Mi hija Olimpia es mi mayor cuidado y también ha de ser para ti, Marcial, objeto preferente de cariño.—Vos teneis un hijo.

GEFF. ¡Oh, mi Gustavo!

LUISA. Pues bien, ellos pueden ser quizá nuestro consuelo. Ignoran nuestro (*A* GEFFERSON.) antiguo amor y vuestro odio. Son tal vez dos divinas y brillantes estrellas puestas en nuestra senda de desdichas, para con sus fulgores mostrarnos aun camino de ventura. ¡Deponed vuestra saña! Si me compadeceis como habeis dicho, dadme una prueba de esa compasión. Gustavo os ha conducido aquí impelido por pura y amorosa llama: No hagais que, en vez de alumbrar las dichas de Himeneo, apague su resplandor el hálito terrible de la Mueste.

MARC. Mas ¿qué quieres decir?

GEFF. (*Adivinando la idea de* LUISA.) ¡Oh, sacrilegio!

LUISA. Que imagines un medio, Marcial, para salvar esta situación desesperada. Alguno ha de haber. ¿No vayais á la muerte! ¡no os ciegue vuestro rencor! ¡no transformeis en dos víctimas funestas de vuestro comportamiento á dos inocentes seres! ¡Arrepiéntete tú! ¡mostradle vos ese corazón que teneis, grande, generoso y adornado con la nobleza de Dios, con la admirable virtud del perdón! Separaos por siempre si quereis, y para no hacer más desgraciados... consentid en que por siempre también unan su suerte vuestros hijos.

GEFF. ¡Oh, qué tremendo horror! (*Rápido.*)

MARC. Mas tú deliras.

LUISA. Ignoro si mi razón está serena; pero sé que realizando esta idea me permitireis morir tranquila.

MARC. Eso no puede ser.

GEFF. Ni lo quiero, ni lo podría querer aun cuando lo anhelase con afán. (*A* MARCIAL.) Antes del alba, en alta mar. No hay ya más que hablar; el duelo á muerte. (*Sale* GUSTAVO: *foro derecha.*)

MARC. ¡A muerte, si quereis!

ESCENA XII

Dichos, GUSTAVO *y* OLIMPIA

GUST. (*A* GEFFERSON.) ¿Un duelo á muerte decís? ¿Y contra quien?...

GEFF. Contra ese... hombre.

OLIM. (*Puerta derecha.*) Mamá, ¿no vienes?

LUISA. (*Como inspirada por an rayo de esperanza.*) ¡Ah! el cielo les envía.—Oid, Gustavo.

GUST. Un instante, señora. (*Dirijiéndose á* MARCIL.) Caballero, ignoro la cuestión que hayais tenido. Grave será cuando mi padre os reta; y yo, que le idolatro, no puedo ver expuesta—ni aun por lance de honor—su vida, que ha de menester para otros fines. Así, voy á ser yo quien estará en su lugar.

GEFF. (*Horrorizado.*) ¡Calla, insensato!
OLIM. ¡Batirse con mi padre!
LUISA. ¡Ay, hija mía!
GUST. (*A* LUISA.) Ahora, señora, estoy á vuestras órdenes.
OLIM. Papá, ¿y serías capaz...?
MARC. Calla, Olimpia.
LUISA. ¡Oh, no, no calles! ¡Ayuda á tu pobre madre! Y vos, Gustavo, que tanto la quereis, mirad que no se interponga á vuestra dicha insuperable barrera.
GUST. Pero esplicadme, padre mío...
GEFF. Por tu amor á esa niña, voy á obtener venganza.
LUISA. (*Que no comprende el sentido de esas palabras dice:*) ¿Es decir que accedeis á mi deseo?
GEFF. ¡Eso, jamás!
GUST. ¿Habeis hallado al fin...?
GEFF. Al que es á un tiempo seductor de María, asesino de tu abuelo y raptor de Luisa. ¡Mírale! (*Señala á* MARCIAL.)
GUST. Pues le sabré matar.
GEFF. No harás tal si no quieres cometer un parricidio.
MARC. (*Estupefacto de estrañeza.*) ¿Cómo? ¡Gran Dios!
GUST. ¡Oh! (*Casi á un tiempo.*)
LUISA. ¿Qué?
GUST. ¿El mi padre?
GEFF. Si, y Olimpia tu hermana, porque—sábelo ya, Gustavo—tú eres hijo de Marcial y de mi desventurada hermana María.
MARC. (*Muy marcado.*) (¡Oh, qué revelación!)
OLIM. (*Con desconsuelo.*) (¿Mi hermano?)
LUISA. ¡Aun más desdichas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

—

ESCENA PRIMERA

OLIMPIA, MARTA, HUMBOLT *y* FRANCISCO

(OLIMPIA *y* MARTA *hablando en un grupo á la derecha; los dos hombres en otro, á la izquierda. Ellas sentadas, ellos de pié.)*

OLIM. ¡Ay, Marta! no vuelvo de mi sorpresa.

MARTA. Esto si que impedirá que se realice el casamiento.—Pero ¿cómo era posible pensar que el Sr. Gefferson, de quien ya de seguro ni se acordaban la Srta. Luisa ni el señor, les encontraría cuando menos le esperasen? ¡Cuán cierto es que los hombres se encuentran y las montañas no! *(Siguen hablando en voz baja.)*

HUMB. *(En su grupo.)* Que los mares no se encuentran, pero si los buques, ¡ay, cuán cierto es! Dígalo sino el *Alabama* que ya está muerto... y sepultado... y enterrado dentro del agua.

FRCO. ¿Fué vencido?

HUMB. ¡Y cañoneado, y ametrallado, y acribillado, y abordado, y estropeado y todo lo que podía perjudicar á su triste hado!

FRCO. ¿Pero vos os habíais antes escapado?

HUMB. Porque no estuve atontado y me las eché de espavilado; de lo contrario, muy mal lo habría pasado, y no lo habría ahora contado; porque algún pez grande se me habría ya tragado. *(Siguen, bajo.)*

OLIM. *(Continuando en voz alta.)* Pero, tu, Marta.

¿por qué nada me habías dicho de la historia de mis padres? Tú, que les conoces desde jóvenes, podías...

MARTA. Porque yo sabía pocas cosas y no me gusta divulgar secretos, sobre todo si son desagradables. Y además, señorita, porque, como dice el refrán, en boca cerrada no entran moscas. *(Continúan en voz baja.)*

HUMB. *(En su grupo.)* Como mosquitos en boca abierta la metralla del *Kearsarge* entrando iba. Nuestro costado era una criba; el agua nos venía ya de arriba; la suerte empezó á mostrarse esquiva; no valía ya ni gritar ¡viva! La cosa, en fin, era aflictiva.—La cocina se inundó: entonces me escapé yo: pronto el miedo me escamó: mi cuerpo luego encontró una lancha que salvó á este Humbolt que se marchó, y que así que tierra halló, más que corriendo volando vino aquí temblando y anhelando no encontrarse más en eso de abordajes, porque á uno le están matando sin saber como ni cuando.

FRAN. ¡Vaya un marino!

HUMB. ¡Y dale con lo del mar no! ¡Si no lo soy, ni quiero serlo, ni lo he sido! No me gusta el agua salada. Prefiero el agua dulce, porque se salármela yo, y más quiero ahogarla á sorbos en mi cuerpo, que verme ahogado, y absorvido, y diluído, y conducido... á la eterna mansión marítima del olvido. *(Continúan en voz baja.)*

OLIM. *(A* MARTA.*)* ¿Dónde estará Gustavo? No le he visto aún después del combate del *Alabama.* ¡Pobre hermano mío! ¿Si habrá muerto? ¡Pobre de mi también! (MARTA, *con la acción figura querer consolarla.)*

HUMB. *(Entusiasmándose, á* FRANCISCO.*)* Crée, Francisco, que lo único que me entusiasmó fué el arrojo del joven Gustavo, el hijo de mi amo. Allí, al frente de su grupo, con su pesada hacha que él manejaba como si fuera una ligera navaja de afeitar, ¡á éste quiero! ¡á éste también! ¡zis, zas!, mandó él solo más marineros á comer con los peces... ¡digo, no! á que los peces se los comiesen á ellos, que granos

de arena tiene el mar, y no exagero.—Pues, ¿y su padre? ¿qué te diré de su padre el señor Gefferson? Fué el terror de la batalla. ¡Y su valiente amigo Santiago? Ese fué... el furor de la batalla.

FRAN. Y vos, con tan bizarros ejemplos que imitar...

HUMB. (*Cambiando de tono.*) ¡Ah! yo fuí el pavor de la batalla y por esto me escapé muy pavoroso. *(Siguen con animación, en voz baja.)*

OLIM. (*A* MARTA.) ¡Ay! ya acabó para mi por siempre la alegría.

MARTA. No lloreis, señorita; tal vez Humbolt sabrá algo de Gustavo.

OLIM. ¿Humbolt? ¿Quién es?

MARTA. Ese antiguo criado de sir Gefferson, que está hablando con Francisco. *(Llamándole.)* Humbolt.

HUMB. (*A* FRANCISCO.) Espera; voy á recibir un bofetón.—¿Qué hay, Sra. Marta? *(Acercándose á ella con cierta prevención disimulada.)*

MARTA. ¡Sin miedo, hombre, sin miedo!

OLIM. Escuchad, buen marino

HUMB. Cocinero, señorita. (Desde mañana me pondré un letraro, ó un mandil y un gorro blancos.)

OLIM. ¿Sabeis si en el combate sucumbió el hijo de María?

HUMB. ¿El hijo de María? ¿Querrá decir Nuestro Señor Jesucristo? ¿El hijo de María? No comprendo...

OLIM. Si; el hijo de Maria, ó para que me entendais, el hijo de vuestro amo.

MARTA. El señorito Gustavo. (*Como para completar la idea, acercándose á* HUMBOLT *que se aparta disimuladamente.)* No te apartes.

OLIM. ¿Murió tal vez?

HUMB. ¿Quién? ¿él morir? ¡Cá! no, señora. ¡Él matar! Si tiene más vida que Matusalen.

OLIM. Gracias. *(A* MARTA.) Esto me tranquiliza. *(A* HUMBOLT.) Tomad, buen hombre. *(Le dá dinero.)*

HUMB. *(Al tomarlo.)* Señorita... *(A* MARTA *al pasar.)* (¿Veis? Su mano no pega, que paga.)

MARTA. Si quieres que yo... *(Indicando la acción de pegar.)*

HUMB. ¡Ca! ¡Va de retro! Prefiero llevar la mano al bolsillo en vez de aplicarla á la mejilla. *(A* FRANCISCO.) Refrescaremos.

FRAN. A tu salud.

HUMB. No; á la de la señorita.

UNA VOZ. *(Dentro.)* ¡Francisco!

FRAN. Con permiso. Me llama el mayordomo. (Habrá llegado ya el Sr. Davidson.) *(Vase.)*

OLIM. Ven, Marta; se lo diremos á mamá.

MARTA. Ya os sigo.—Adiós, Humbolt.

HUMB. Id con él, Sra. Marta... y con ella también. *(Por* OLIMPIA.) Hasta la vista.

ESCENA II

HUMBOLT, *luego* GEFFERSON *y* SANTIAGO

HUMB. ¿Me dejan solo? Pues me marcho también. El Sr. Gefferson me mandó que averiguase si está ó no en el hotel el Sr. Marcial; y puesto que Francisco me ha enterado, justo es que le lleve la respuesta. ¡Vaya con el señor Marcial! ¡Buen pájaro está! Pero mi amo es buen cazador tenaz y... le ha cazado. Preveo un cataclismo.

SANT. *(Sale con* GEFFERSON.) Ahí le tenemos. *(Viendo á* HUMBOLT.)

GEFF. Humbolt, ¿y mi encargo?

HUMB. Ya está cumplido, señor.

SANT. ¿Y qué has sabido?

HUMB. Que está fuera y que está aquí.

GEFF. No estoy de broma.

HUMB. Quiero decir...

SANT. ¡Pronto, acaba!

HUMB. Que el Sr. Marcial.....

GEFF. ¡Al grano! *(Impaciente.)*

HUMB. (¡Me habré de comer la paja!)

GEFF. ¿Ha dejado ya el hotel?

HUMB. No señor; pero ha salido. Por esto digo que está fuera y que está aquí.

GEFF. Bien; márchate.

HUMB. (Sin chistar.) *(A* SANTIAGO.) (¿Qué le pasa?

SANT. Déjanos.)

HUMB. (Aquí se las compongan, que allá me compondré yo —Mal humor traen.—Lo dicho; un cataclismo.) *(Vase.)*

ESCENA III

GEFFERSON *y* SANTIAGO

GEFF. No se, Santiago, á qué atribuir la estraña conducta de ese hombre.

SANT. Ni yo tampoco. Mas no podemos juzgar por presentimientos. Tu estuviste puntual; mas no aguardaste todo el tiempo prefijado, porque el capitán Semnes, lleno de impaciencia, atacó sin tardanza al *Keargarse* y tu volviste á bordo donde te llamaba tu obligación.

GUST. Cierto que fué una ocasión de prueba. La honra de mi hermana y la palabra empeñada á Marcial, me detenían en la lancha; mi honor de marino, y el deber de caballero hacia Semnes, me llamaban al corsario: En el buque pigmeo la gran causa de la honra de María, y en el mayor el problema de probar que el amor á la patria no me falta: en la barquilla, mi esperanza de vengar con nobleza una ofensa hecha á mi familia; en el *Alabama* la defensa de la causa del Sur, que está en peligro. Mi vida por mi familia ó por mi patria. Y por la patria opté. Dios comprendió mi sacrificio. Por eso permitió que en el desastre lograse salvarme de la muerte. Así puedo cumplir mis dos deberes. Me he portado bien como patriota; satisfecho estoy. Ahora... haré que lo quede mi honor, matando á Marcial ó como á un caballero, ó como á un perro.

SANT. Tal vez vino y cayó exánime á la mortífera metralla que el *Keargarse* disparó sobre nuestro costado.

GEFF. No lo creas. La infamia es generalmente compañera de la cobardía. Marcial es un infame; luego puedo presumir que es un cobarde. Además, está aquí; Humbolt lo ha dicho.

SANT. Quizás Luisa empeoró, ó la inesperada nue-

va de saber que Gustavo era hijo suyo, que tanto le sorprendió...

GEFF. ¡Razones vanas! Yo, para que él satisfaciera honor que había ultrajado, dejé, como sabes, á mi hermana en el trance de la muerte. Perdía la vida después de perder su honor; pero aun podía recobrarlo. El médico procuraba con afán por la existencia de aquella infeliz; yo corrí en busca del hombre que podía volverle su honra mancillada. ¡Y corrí sin vacilar! —«Vela por mi hijo si muero», la pobre me decía.—Y dejé la aldea, y en Chárleston cogí aquel tierno ángel, y contigo salí; y juré no volver sin Marcial, ¡y aun no he vuelto! Y abandoné hasta un cadáver insepulto, y ahogué afectos tiernos de mí alma, para cumplir un deber de hermano y proceder cual caballero.

SANT. No te exaltes.

GEFF. *(Siguiendo su idea.)* «Allí estaré puntual» dijo al aceptar el duelo. ¡Y sabía que era un duelo á muerte! Era, pues, cuestión de honor y vida: no debía faltar. Y debía dejar su esposa, y prescindir de la hija, y abandonar la idea de Gustavo, y estar con su lancha en el Océano dos horas antes de que ameneciese. Así se me habría demostrado caballero; ahora veré solo en él siempre á un cobarde.

SANT. Esperemos que llegue.

GEFF. Si; por aquí ha de pasar tarde ó temprano. *(Se sienta.)*

SANT. Tal creo. El ansia por su esposa le llevará á su cuarto para procurarle algún consuelo.

GEFF. ¡Cuán poco le conoces, buen Santiago! Luisa no es amada; y á no ser por Olimpia, una separación habría sido el fin de un matrimonio que la ha hecho harto infeliz.

SANT. No me sorprende, ni podía ser de otra manera. Ambos obraron mal. La conciencia ha de recordar siempre amargamente á Marcial su proceder inícuo con la joven á quien había amado: Luisa, que un tiempo le amára, no habrá olvidado siempre su antigua pasión. Ha faltado al amor de ambos el sello de la tranquilidad y de la ternura: han tenido

siempre algo de que acusarse y no podían tener dicha completa.

GEFF. Pronto acabará todo para ellos.

SANT. ¿Temes acaso...?

GEFF. Luisa está muy trastornada y abatida; sobre todo desde que sabe quien es Gustavo. Parece como que prevé la horfandad de su hija, porque, conociendo mi carácter tenaz, crée posible la muerte de Marcial.

SANT. ¡Bien la merece!

GEFF. Pues la tendrá; no lo dudes ni un instante.—Le aguardo hoy con más afán que nunca. No me corresponde ya cuidar de Gustavo, *(Con orgullo cariñoso.)* ¡por más que siempre le amaré! Mi mano, pues, más libre, irá recta á su corazón, yo te lo fío.

SANT. ¿Qué sitio piensas escoger para batiros?

GEFF. Cualquiera; mas sin dilación ni escusa alguna. No me engañará más; dos veces me ha mentido; una al fingirme amistad ha diez y seis años cuando me le presentó mi padre; otra, al prometer acudir al desafío. Yo te aseguro que á la tercera, cumplirá cual corresponde ese Sr. Marcial Perrin. *(Con desprecio.)*

ESCENA IV

Dichos y MARCIAL *foro derecha*

(En MARCIAL *se nota un cambio de carácter: aparece menos duro, y aunque entero, menos insensible.)*

MARC. ¿Quien se ocupa de mí?

GEFF. Quien ha esperado inutilmente en el mar, y surge, cual sirena, del fondo de sus aguas.

MARC. *(Contrariado.)* ¡Oh, Gefferson! ¿Estais vivo aun?

GEFF. Si; por mi suerte: porque Dios al permitir que se librase mi vida en el corsario, demuestra consentir en mi venganza. Santiago, las armas.

SANT. Voy por ellas. *(Vase.)*

MARC. ¿Cómo? ¿en esta sala?

GEFF. Aquí ó en otra parte me es lo mismo; pero ahora, en el acto; más no aguardo.

MARC. ¿Y si yo tuviese razones poderosas para rehusar hoy este duelo? Si siéndome lícito aceptarlo ayer, no pudiese hoy tolerar que se llevase á cabo, ¿qué diríais?

GEFF. Que seríais villano y miserable. Y si fuera preciso hacer más aún para obligaros, más hiciera. Con sangre el honor se lava ó con reparación: ésta imposible, no queda otra solución que mi deseo, no hay dilema. *(Pausa cortísima.)*

MARC. Pues... no me bato.

GEFF. ¡Pues... yo os obligaré! *(Va á levantar la mano, al tiempo que sale* SANTIAGO *con una caja de pistolas y dos floretes.* GUSTAVO *ha salido primero, y viendo la amenaza de* GEFFERSON *dice:)*

GUST. ¿Cómo?

ESCENA V

Dichos, GUSTAVO *y* SANTIAGO

SANT. Las armas.

MARC. ¡Oh! ¡mi hijo!

SANT. (¿Que querrá el Sr. Davidson?)

GUST. Si; vuestro Gustavo, vivo y constante recuerdo que os acusa.

MARC. Mi hijo que transforma mi vida, que hace enternecer mi espíritu, é imposibilita el duelo que pretendeis.

GUST. ¡Padre!

GEFF. ¿Por qué?

MARC. Porque desde que tengo noticia de su existencia, comprende mi alma la grandeza que en la suya tenía la cándida y enamorada hermana vuestra. Yo la engañé, pero ígnoraba que era padre, porque aquella angelical criatura se avergonzó—¡ahora lo veo!—de revelarme tal secreto.

GEFF. Esto es; y se apartó de vos y de su padre, para ser culpable solamente ante su conciencia y ante Dios, de una falta á que vos la habíais inducido.

MARC. ¡Funesta obcecación la suya!

GEFF. Su obcecación no: decid vuestra infamia al ofender su decoro.

SANT. *(Por* MARCIAL.) (¡Cuán cambiado está!) (SANTIAGO *está á un lado.* GUSTAVO *está entre* MARCIAL *y* GEFFERSON, *algo en segundo término;* GEFFERSON *al lado de* SANTIAGO.)

GUST. (¿Qué pasa desde ayer en mi alma?)

MARC. Ahora comprendo la fuerza de su inmensa pasión, y el deseo ardiente de que con ella me casára, y todo el raudal de amor noble de su tierno y arrebatado corazón. ¡Tenía un hijo! ¡había sentido ya en sus entrañas nueva vida!

GEFF. Y le faltaba honra, que únicamente vos podíais darle, y no la disteis. Temed mi cólera.

MARC. ¿Por qué?

GEFF. Porque os voy á matar.

GUST. ¡Oh, no! ¡es mi padre! Por vos mismo lo sé.

GEFF. ¡Ni eso le salva!

SANT. ¡Oh! ¡Gefferson, escúchale! Quien sabe...

MARC. No hareis tal. Ni podeis matarme vos, ni yo mataros.

GEFF. ¿Qué decís?

MARC. Gustavo es la barrera que lo impide.

GEFF. ¡Oh, no!

MARC. *(Con más fuerza.)* ¡Oh, si; creedlo! Mientras le juzgué hijo vuestro, no os debía yo agradecimiento.

SANT. (¿Qué irá á decir?)

MARC. Mientras podía casarse él con mi hija, faltar mi esposa y yo no me importaba.

GUST. *(A* GEFFERSON, *como apoyando la idea de* MARCIAL.) Es cierto.

MARC. Mientras ningún vínculo de sangre nos unía, podíamos verterla gota á gota.

GEFF. No me convenceis.

MARC. Pero ahora he de vivir para mi Olimpia. Luisa está mortalmente herida en su corazón y no resistiria los efectos de semejante duelo: vos habeis servido de padre al hijo mío.

GEFF. ¡Oh, si! ¡es verdad!

GUST. ¡Y tanto!

MARC. Mi gratitud por ese sacrificio no puede ser daros la muerte: el recuerdo del amor de

vuestra hermana hacia mi, me impide atentar á vuestra vida, que en vuestras venas teneis la misma sangre. *(Con penosa resolución.)* No os puedo, pues, matar; ¡no puedo batirme! *(Con solemnidad.)* Ahora bien, ¿quereis asesinarme?

GUST. ¡Oh, no lo creais, padre! Es muy noble.

SANT. Jamás cometerá esa acción infame.

GEFF. *(Casi fuera de si.)* ¡Pero si quiero yo beber su sangre! Dios le ha puesto en mitad de mi camino: la honra de María fué infamada: yo tengo brazo, corazón, honor y brío, y... nada me puede detener. *(Va á coger un arma.* SANTIAGO *le detiene y procura desuadirle.)*

MARC. *(Presentándole el pecho.)* Pues bien; ¡herid!

GUST. *(Poniéndosele delante.)* ¡No, jamás! ¡Antes á mi!

GEFF. *(Con un estoque que ha arrebatado á* SANTIAGO.) ¡¡Aparta!!

SANT. *(Sin soltarle.)* ¡¡Oh!!

GUST. ¡A mi! *(Arrodillándose delante de* GEFFERSON *y con abnegación.)* Sacrificad mi vida. Gustoso la doy en holocausto de la honra de mi madre. *(Cuadro. Pausa.)*

ESCENA VI

Dichos, LUISA, OLIMPIA, MARTA, *al final* HUMBOLT

OLIM. ¡Jesús! ¿Gustavo aquí?

LUISA. *(Que aparece sostenida por* OLIMPIA *y* MARTA.) ¡Oh! dejadme; no puedo respirar allí, me ahogo.

MARC. *(Con solicitud.)* ¡Ah, Luisa!

GEFF. ¡¡Ella!! *(Dejando caer el estoque que recoge* SANTIAGO.)

OLIM. ¡Mamá!

MARTA. ¡Oh! ¡Señora!

GUST. *(Dirigiéndose enamorado á* OLIMPIA.) ¡Oh! mi... *(Y luego, con violenta transición añade.)* (¡Es mi hermana! ¡Pues calla, corazón!)

SANT. *(Contemplando á todos.)* (¡Dios, cuánta lucha!) *(Se recomienda mucho el estudio de esta*

situación, para que el público comprenda bien la lucha interior de los personajes.)

HUMB. (¿Todos? ¡Malorum!)

MARTA. (¿Ya vienes á estorbar?) (HUMBOLT *se separa de* MARTA.)

GEFF. Dí, ¿qué deseas?

HUMB. (Marcharme, para no recibir...) *(Indicando un bofetón.)*

OLIM. ¡Oh! ¡Papá! *(Llamándole, porque* LUISA *tiene un desvanecimiento. Todos acuden.)*

HUMB. *(A* SANTIAGO.) Sr. Beltrán, dice el fondista...

SANT. Soy con él.

HUMB. Bien. *(Yéndose.)* (Si no es por el desmayo, peligraba mi mejilla.)

SANT. (Veamos que quiere.) *(Vase.)*

GEFF. *(A* MARTA.) Id por un médico. *(Vase* MARTA.)

ESCENA VII

LUISA, OLIMPIA, GEFFERSON, MARCIAL *y* GUSTAVO

LUISA. ¡Ay! ya pasó. *(Respirando con desahogo.)*

MARC. ¿Qué ha sido?

LUISA. Aquí... *(Señalando el corazón.)* aquí... Un nudo... que no me dejaba... respirar...

OLIM. ¿Te sientes mejor?

LUISA. ¡Sí!

OLIM. ¡Cuánto me alegro!

GEFF. ¡¡Luisa!!

GUST. ¡Señora!

LUISA. ¡Ah! ¿aquí estais? ¿Y mi marido?

MARC. También aquí, á tu lado.

LUISA. ¡Ay! mi cabeza... ¡Cuánta debilidad!

OLIM. Cobrarás fuerzas. Daremos un paseo, y en comiendo...

MARC. Si, Luisa, no te acongojes.

GEFF. (Cuán demudada está.)

GUST. ¡Pobre señora!

LUISA. Aquí, hija mía, y tú ¡oh, Marcial! no te separes. Gefferson, no le importuneis ya; tampoco vos, Gustavo. No ha de batirse, no habrá necesidad. *(Demostrando cansancio al hablar.)*

GUST. } (¿Cómo?)
GEFF. }
MARC. (¿Qué dice?)
OLIM. ¡Mamá!
LUISA. Por tí, hija mía. No morirá tu padre. Yo, solamente yo.
OLIM. ¡Jesús! *(Llorando.)*
MARC. *(A* OLIMPIA.) ¡Delira!
LUISA. No deliro, no; lo he visto en sueños esta noche última. ¡Cuánta emoción! ¡qué pesadilla! Oidla todos, sí. *(Se acercan. Gran silencio y atención en todos.)* Mi pasado, mi presente, el porvenir... todo lo he visto. Un ángel se ha posado en mis oídos estando yo dormida, y así ha dicho: «Escucha, Luisa: tu ingratitud ya ha sido castigada por el sufrimiento. Dios dará recompensa á tu martirio. Pronto te llamará tu vida es corta »¡ Y cuánta razón tiene!
MARC. Esposa, no desmayes.
GEFF. El médico vendrá y...
LUISA No me hace falta. Tranquila moriré. Aquella voz angelical lo ha dicho cuando ha preguntado al proseguir: «¿Piensas tal vez que soy el alma del hijo de María cuando salió de su materno seno? ¡Pues no soy el alma de Gustavo!»
GUST. ¿Qué dice?
GEFF. Oigamos.
LUISA. «Soy—continuó—el alma de Rafael que está en el mundo para dar tranquilidad á tu espíritu.» Y dormí con sueño reparador muy largo rato, hasta que la vocecita añadió: «¿Ves aquella mujer tan resignada? Es la madre de Gustavo que espera recobrar su honra perdida.» Pero, ¿podrá lograrlo?—he preguntado: «¡Pues, ya lo creo! Mira»—Y se me aparecieron tres visiones. En la primera, descubrió mi vista luz divina, y entre arreboles ví con satisfacción mil querubines festejando á un niño. Allí *(Señalando un punto en el espacio.)* había un altar; ante él, una joven mirando al cielo agradecida. Un hombre ante ella bajaba la vista avergonzado: un sacerdote las manos les unía. ¡Cuadro arrobador! ¡sueño feliz!

GEFF. (*Con amargura.*) Pero... ¡era sueño!

LUISA. En la segunda, me pareció ver que se celebraba alegre cena que un venerable anciano presidía. Todas las sillas estaban ocupadas, ¡menos una! A un lado de esa visión dibujábase la Francia, con el verde color de la esperanza; Italia, Portugal, la hermosa España con su azulado cielo, y más lejos de mí la patria mía. Y una sombra, mirando aquella silla, vagaba por doquier proyectada por la luna. Y tan pronto en Paris se unía á un hombre, como anhelando reposar, llegaba á la Giralda de Sevilla. «¿Ves—ha dicho entonces el alma de Rafael—ves esa niña que está ahí á tu lado? Pues más tarde la tendré yo al mío.» Y se calló. La sombra penetró en Portugal; después cruzó los mares proyectándose en el agua á la argentina luz de blanca luna, y se perdió en la América. La luna se ocultó: dos cirios y un ataud de pronto he visto, y luego mis ojos se cerraron; nublóse toda luz, quedando solo allí fealdad y negrura. Las olas encrespadas; el cielo sin estrellas; relámpagos dando siniestro resplandor á un lago tétrico: dos barcas lo surcaban: una de ellas sin gente; en la otra dos seres que espantan por su horrible actitud. Tienen espadas; se miran, se preparan; ya se baten, ya cae uno; ya veo el agua por su sangre enrojecida: un rayo mata al otro; se escucha hórrido trueno; la joven del altar se desespera, muere el niño, y desaparece el cuadro de la dicha.— «Despierta» la voz dijo; y el alma se marchó. Seguí dormida; luego un rayo de sol abrió mis ojos; presentóse Olimpia y tranquila quedé del vaticinio.

MARC. ¡Terrible sueño!

GEFF. Mas sueño y ¡nada más!

LUISA. ¡Quién sabe!

OLIM. ¡Oh, si fuera verdad!

GUST. Imposible. Soy tu hermano. Mi madre no existe ya. (Y sin embargo la quiero como al cruzar con ella mi primer mirada.)

OLIM. (Y le adoro con todo mi corazón. Mas... ¡ah! imposible!)

Luisa. Mi sueño puede ser un vaticinio. Yo creo que es preludio de que sabremos nuevas. ¡Ay! ¡ojalá lo sean de ventura!

ESCENA VIII

Dichos, y SANTIAGO *que viene agitado, por el foro derecha*

Sant. Gefferson, Marcial, ¿sabeis lo que acontece?

Geff. ¿Qué pasa?

Marc. No por cierto.

Sant. ¡Hay novedades!

Gust. ¿Novedades decís?

Olim. Pues bien; contadlas.

Luisa. ¿Veis lo que os decía?

Sant. (*Con mucha animación y danao mucho interés á lo que explica.*) Me ha llamado el dueño de esta fonda. Viene de Chárleston. Acaba de enterarse de los nombres de los viajeros que hay en el establecimiento, y al ver entre ellos el tuyo y los de la familia de Marcial, ha tenido gran sorpresa. Sobre todo, al leer el nombre de Gustavo.

Gust. ¿Mi nombre?

Sant. «¿Cómo?—ha exclamado.—¡Hay en mi casa un caballero que se llama Gefferson Harris, acompañado de su hijo Gustavo, y son oriundos de Charleston! ¡feliz casualidad! Allí está mi sobrina, que crió á una hermana de ese señor Harris.» Y enseguida me ha contado... Pero él mismo os lo explicará, pues me ha dicho que va á venir, porque tiene necesidad de hablarte sin demora.

Geff. ¿Por qué no viene pues?

Sant. Vendrá enseguida. *(Aparece* Davidson *en el foro.)* Mírale; ya está aquí.

ESCENA IX

Dichos y DAVIDSON

David. Dispensadme, señoras y caballeros, si vengo á interrumpiros; pero traigo noticias que juz-

go os han de ser interesantes. No os podeis figurar cuanto me place seros útil.

GEFF. Decid, pronto. *(Impaciente.)*

LUISA. Sí; escuchamos.

DAVID. Pues bien: ¿está aquí sir Gefferson Harris?

GEFF. *(Dándole la mano.* Y os presento su mano de amigo.

DAVID. Gracias. Precisamente acabo de leer ahora vuestro nombre en el libro de registro de viajeros.

GEFF. Ahí teneis además á mi joven Gustavo.

DAVID. Estais en un error. *(Extrañeza general.)*

SANT. ¿Voy yo entretanto...?

GEFF. Sí; *(Vase* SANTIAGO) Decía, pues, que estais equivocados; y convendreis conmigo en que es así, cuando sepais que acabo de llegar de Charleston, en cuya ciudad tengo una sobrina que fué nodriza de María Harris.

GEFF. ¿De mi hermana?

DAVID. La misma. Hace ya 33 años. Mi sobrina Jacoba, al morir su esposo quedó en cinta: 18 años han cumplido de este hecho. A la sazón, se hallaba en su casa vuestra hermana, tambien en vísperas de alumbramiento. Nacieron con muy corto intérvalo de tiempo dos preciosos niños: parecían gemelos. Vuestra hermana María, á poco de ser madre regresó á la aldea para reunirse con su padre y dejó á su pequeñuelo á fin de que se criase junto con Gustavo, hijo de mi sobrina, encargando á ésta que lo entregase á la persona que, debidamente autorizada con una carta suya, se presentase á recojerle. En efecto, según Jacoba me explicó, un día se presentaron dos sujetos reclamando aquella tierna criatura, siendo uno de ellos hermano de su madre.

GEFF. Ahora creo comprender...

DAVID. Jacoba había padecido entonces una terrible enfermedad en la vista, que la dejó ciega, y se encontraba además contrariada por la salud de su tierno hijo, á quien el médico aconsejaba que hiciera cambiar de clima. Al dársele lectura de la carta de María, ordenó á la criada que entregase el niño, no sin antes darle un beso, ya que no podía verle cual

deseara. Cumplióse la orden; marcháronse los emisarios con el pequeño infante, cuando á las dos horas se observó que se habían llevado el hijo de Jacoba, pues tal era el niño entregado por la criada quien se lo había dado en lugar de Gustavo, que era el hijo de vuestra hermana.

LUISA. ¡Dios mío!

GUST. ¿Qué dice?

MARC. Mas ¿còmo pudo ser?

DAVID. Porque el pequeño Gustavo había salido á paseo con su ama. Y como mi sobrina, ignorante de esta circunstancia, dijo á la sirvienta «entrega el niño», y ésta estaba en antecedentes de que Jacoba deseaba mandar á otra población á su hijo para que curase de pertinaz dolencia, cumplió fiel el mandato; y así el hijo de Jacoba salió de aquel hogar dejando á su ciega madre en fuerte desconsuelo.

GEFF. Pero vos, señor Davidson, tendreis pruebas de lo que afirmais.

LUISA. ¡Oh! de fijo las tendrá.

OLIM. ¡Pluguiera al cielo!

DAVID. Las tengo Mejor diré, la tengo. Sólo hay una.

GUST. ¿Alguna señal?

MARC. ¿Algún escrito?

LUISA. ¿Acaso algún secreto?

GEFF. ¿Algún recuerdo de su madre?

DAVID. Nada de eso. Es prueba más convincente.

GEFF. Entonces ¿cuál es? Decid.

DAVID. Una prueba inequívoca. Por eso ha salido hace poco de aquí vuestro amigo Santiago.

GEFF. ¿Y la traerá él?

DAYID. Sin tardanza.

MARC. Pero entretanto decid....

LUISA. Esa prueba ¿cuál es? *(Mucha ansiedad en todos.)*

DAVID. La madre misma.

GEFF. ¿Vuestra sobrina?

DAVID. No: vuestra hermana.

LUISA. *(Sorpresa general.)* ¿Cómo? }
MARC. ¿María? } *A un tiempo.*
GEFF. ¡Mi hermana decís! }

DAVID. Sí.

GEFF. Es imposible.

DAVID. ¿Por qué?

GEFF. Porque no existe.

DAVID. Pues ese es otro error. María vive. Es más: está en Cherburgo.

GEFF. ¡Hermana mía! ¡Oh! proseguid.

DAVID. Santiago le dá seguramente ahora la fausta nueva de vuestra estancia en mi hotel, donde ella también se encuentra desde esta mañana, habiendo llegado conmigo de Charlestón. *(Va al foro para ver si alguien entra.)*

LUISA. *(Sintiéndose atacada en el corazón.)* ¡Ay, Marcial! Tantas emociones me sofocan... Mi corazón no late. ¡Oh! no puedo respirar.

MARC. ¡Esposa!

OLIM. ¡Mamá!

GEFF. Pero, decid, Sr. Davidson...

DAVID. Mejor que mis palabras os convencerá la presencia de vuestra propia hermana. Mirad, ya llega. *(Viéndola aparecer con* SANTIAGO.)

ESCENA X

Dichos, MARIA *y* SANTIAGO

GEFF. ¡Oh! ¡no es ilusión! ¡Hermana mía!

MARÍA. ¡Hermano del corazón! ¡Ven á mis brazos! *(Pausa.)*

DAVID. ¿Veis si era cierto? Que os explique ahora...

GEFF. *(Emocionado.)* ¡Gracias, mil gracias! *(Con fuerte apretón de mano.)* No quiero molestaros más; podeis marcharos.

DAVID. Soy vuestro servidor.

SANT. Sr. Davidson...

DAVID. Os ruego que vengais conmigo. *(Se van.)*

LUISA. *(Casi avergonzada.)* Mi pobre amiga.

MARÍA. *(Al reconocerla.)* ¡Oh! ¿Aquí Luisa? (¡Qué cambiada!) *(Repara en* MARCIAL.) ¡Jesús! Ese es Marcial. *(Aparta su vista de él.)*

MARC. No me rechaces.

GEFF. Por fin le hallé y serás vengada.

LUISA. ¡No, Gefferson! Otro medio habrá.

GEFF. ¿Cómo?

LUISA. Sí. Pero antes, Olimpia, hija *(Respirando con*

fatigo.) vé y con Marta... mi lecho arreglad pronto... Anhelo descansar.

MARC. Hija...

OLIM. Obedezco. (*Vase* OLIMPIA.)

ESCENA XI

LUISA, MARIA, GEFFERSON, MARCIAL *y* GUSTAVO

GEFF. Hermana...

LUISA. ¡Oh! ¡piedad, María!

MARÍA. ¿Cómo os encuentro aquí?

GUST. (¡Cuánta ansiedad!)

LUISA. Le place así al destino.

GEFF. Pero dime: ¿es cierto lo que Davidson afirma? ¿Gustavo...?

MARÍA. Mi Gustavo se halla en Charlestón, donde ha hecho menos triste mi existencia.

GUST. ¿Entonces yo...?

MARÍA. ¿Habeis ido siempre con Gefferson?

GUST. Sí, siempre.

MARIA. (*A* GEFFERSON.) Y ese (*Por* GUSTAVO.) ¿es el niño que os llevasteis?

GEFF. Sí.

MARÍA. Pues hijo es de Jacoba: le aseguro.

MARÍA. (¿Qué oigo?) } *Casi al mismo tiempo.*

LUISA. Con que ¿es cierto? }

GUST. (Puedo amar á Olimpia. ¡Oh! ¡gracias Dios mío!) (*Se vá como impulsado por una idea que le asalta.*)

MARC. (*Con humildad.*) ¡María!

MARÍA. ¡Qué se vaya ese hombre!

LUISA. (*Sintiéndose atacada en el corazón.*) Otra vez... ¡Me ahogo!

MARC. Entremos, Luisa. (*Haciendo que se vaya con él.*)

LUISA. Aún no.

MARC. Sí; créeme.

GEFF. (*A* MARCIAL.) (Recordad que os espero.

MARC. No lo olvido. Al instante seré con vos). Esposa...

LUISA. (*Al marchar señalando á* MARÍA.) (Aún veo esperanzas de reparar su desdicha,) (*Vanse.*)

ESCENA XII

MARIA *y* GEFFERSON

GEFF. María, tu presencia es un milagro. Te creí muerta, y á no ser por el juramento que hice un día de buscar á Marcial...

MARÍA. También yo llegué á pensar que tú habias muerto, pues nada más de tí he sabido.

GEFF. Recuerda que juré no volver sin Marcial; ¡y no le hallaba! Pero escribí, dirigiendo mis cartas á la aldea, sin que jamás me contestaras.

MARÍA. Recibí sólo una carta tuya, á la cual contesté sin obtener respuesta.

GEFF. ¿Y las demás?

MARÍA. No ví ninguna otra. Y ya no lo extraño, pues vendí la quinta; porque has de saber que al día siguiente de tu partida, se me presentó Jacoba desesperada, á explicarme que os habíais llevado de su casa su Rafael en vez de mi Gustavo. Yo, no bien recibí tu carta, escribí, como he dicho, dirigiendo la mía al lugar donde aquélla estaba fechada; y como no contestaste é ignorábamos por completo tu paradero, apenas restablecida de mi enfermedad nos trasladamos á Charleston con Jacoba para concertar algo, respecto á su hijo, con su tío Davidson, y deseosa yo, además, de vivir en su compañía, á fin de mitigar en parte aquella gran pena. Jacoba, agradecida, ha sido para mí casi una madre.

GEFF. Pero ¿cómo te encuentras en Cherburgo?

MARÍA. Porque Davidson, tío de Jacoba, vivía con nosotros en Charleston antes de instalar aquí esta fonda; sabía nuestra historia; sabía lo del niño; sabía tu nombre; y cuando llegó á este puerto el *Alabama*, y se enteró de que Gefferson Harris era el contramaestre, vino á buscarme y me llevó consigo. Hoy precisamente hemos llegado.

GEFF. En buena ocasión. Hoy quedarás vengada.

MARÍA. Ya lo estoy de sobra con el amor de mi hijo. Acordémonos ahora del de mi nodriza. Va-

mos á escribirle sin tardanzo. pues tendrá gran alegría sabiendo donde se halla su Rafael.

LUISA. (*Desde dentro y con un grito desgarrador.*) ¡Quiero verla!

MARC. (*Saliendo sin poderla detener.*) ¡Luisa!

OLIM. (*Que sale también.*) ¡Mamá! ¡pobre mamá!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, LUISA, OLIMPIA, MARCIAL *y al final* GUSTAVO

MARÍA. ¿Qué grito es ese, gran Dios?

LUISA. (*Dominada por el remordimiento, intentando arrodillarse ante* MARÍA.) ¡Mi conciencia!

MARÍA. (*No permitiendo que se arrodille.*) ¡Oh, no! Levanta, desgraciada amiga mía.

LUISA. (*Animándose por momentos y con visible alegría.*) ¿Qué he oído? ¡¡Amiga!! Y tú ¿lo eres para mí? ¡Dímelo, dilo!

MARÍA. ¡Sí, pobre Luisa, sí!

LUISA. Pues... (*Respirando con pena.*) Una prueba y...

MARÍA. Habla.

LUISA. Te quité un marido: quiero darte la honra. Un sueño halagador lo vaticina. ¡Haz, Dios mío, que sea realidad! Gefferson...

GEFF. Luisa...

LUISA. ¡Ay! me ahogo. Dios me llama á sí. ¡Marcial, ya sabes mi deseo: dentro te lo he dicho.

MARC. Sí.

LUISA. Cumple mi voluntad y (*Indicando á* MARIA.) hazla aún dichosa.

MARC. Yo te juro cumplir.

OLIM. ¡Ay, mi pobre mamá!

LUISA. No llores, hija, María te querrá como yo misma.

MARÍA. No lo dudes.

LUISA. ¡Oh, gracias! (*Suplicante, desfalleciendo por momentos y dirigiéndose á* MARÍA.) ¡Casaos!

GEFF. (*Conmovido.*) ¡Mi Luisa!

LUISA. (*Dándole una mirada penetrante.*) ¡Oh, Gef-

ferson!... Yo espiro... (*Muere en brazos de* MARCIAL *y de* MARÍA.)

GEFF. ¡Ya no existe! (*Cae arrodillado. Pequeña pausa, y después sale* GUSTAVO *que, ignorante de lo que pasa en escena, se dirige gozoso hacia* OLIMPIA.)

GUST. Olimpia...

OLIM. (*Indicándole que no es ocasión de hablar, y echándose á llorar apoyándose en él.*) ¡Ay, Rafael!

GEFF. (*Se levanta ahora y dice dirigiéndose á* MARÍA *y á* MARCIAL, *que aún sostienen el cadáver de* LUISA.) Ella misma al morir os ha enlazado. Estais casados por la muerte. Enlace también el cielo vuestros corazones para vuestro bien y bien de vuestros hijos. (*Cuadro. Se recomienda este final. Telón rápido.*)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Comp.ª*, calle de las Infantas, 13; y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio: DOS pesetas.